

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1874. — TOMO XLIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 33. — N° 1,109.

SUMARIO.

La expedición contra los Ashantis; grabado. — Sir Garnet Wolseley; grabado. — Estudios históricos y literarios. — Visita del mariscal Mac-Mahon á la fábrica

de fundición de Cail; grabado. — Revista de París. — Boletín de conocimientos útiles. — Cuadros de costumbres : La cuenta de la comida; grabado. — Venecia moderna; grabado. — Trompeta, recuerdos de Gibraltar. — Costumbres de los árabes; grabados. — Escenas

del mundo asiático. — Estudio sobre el estolicismo en España. — Inauguración del busto de Ulrico Gering, en la Biblioteca de Santa Genoveva; grabado. — Monumento elevado á la memoria de Gustavo Chaudey, en el cementerio de Montmartre; grabado.

La expedición

CONTRA LOS ASHANTIS.

El dibujo que insertamos en la página 260, representa la expedición contra los ashantis en el momento en que los oficiales ingleses reciben una diputación enviada al general Wolseley por el rey Koffi-Kalkali, después de la batalla de Amoaful, librada el 29 de enero, y en la que este fué derrotado.

Esta diputación estaba encargada de pedir al general inglés que detuviera su marcha, á fin de abrir las negociaciones para concluir un tratado de paz.

Desconfiando sir Garnet Wolseley, no sin razón, de las intenciones de su enemigo, no quiso detenerse después de su victoria, porque de lo contrario era darle tiempo para que rehiciera sus tropas, aumentara sus fuerzas y se pusiera en fin en estado de tentar otra vez la suerte de las armas. Así que rehusó terminantemente acceder á sus pretensiones, hasta que no hubiera recibido garantías seguras que le probaran su deseo de concluir la paz, es decir, que le entregaran varios rehenes, entre los que figuraban su madre y el príncipe Mensah, su hermano.

Después de haber hecho conocer á los enviados del rey sus condiciones, los despidió, continuando su marcha hacia Coumassie, en donde deseaba entrar el 3 de febrero;



Sir Garnet Wolseley, general comandante en jefe de la expedición inglesa contra los Ashantis.

pero viéndose obligado á avanzar en medio de los lazos y asechanzas que le tendió su enemigo, tuvo que hacerlo con mucha lentitud, y llegó al río Dah el 4 por la mañana. Aquí encontró de nuevo al ejército del rey Koffi-Kalkali, al cual tuvo que librar una segunda batalla.

La lucha, que sostuvo durante siete horas, fué muy encarnizada, y tomaron parte en ella el rey y todos sus capitanes. A las dos y media de la tarde la derrota de los ashantis era completa, refugiándose el rey y los principales jefes en un bosque situado no lejos de Coumassie. Entonces el rey, por conducto de su madre, escribió al general proponiéndole la paz, con el objeto, sin duda, de detenerle en su marcha, pero no lo consiguió, porque algunos momentos después entraba en la capital.

Como su entrada la hizo en medio de la mayor oscuridad, no pudo impedir que los fantis, aliados de los ingleses, robaran algunas casas, declarándose al mismo tiempo algunos incendios que fueron muy pronto apagados. Como el general deseaba librar á la capital de las medidas de rigor que iba á verse en la triste necesidad de adoptar, envió mensajeros al rey imponiéndole sus últimas condiciones y previéndole que regresara á la capital para que firmara un tratado de paz; y aunque Koffi-Kalkali prometió hacer-

lo, no cumplió lo que había ofrecido, pues todavía trataba de ganar tiempo. Entonces sir Garnet Wolseley dispuso incendiar á Coumassie, creyendo que solo adoptando medidas de rigor obtendría su misión favorables resultados.

Es indudable que sir Garnet Wolseley conocía al enemigo con quien tenía que luchar, porque algunos días después se firmó un tratado de paz entre este general y Saibee Enquie, enviado del rey.

Con arreglo á este tratado, Koffi-Kalkali se obligaba á pagar cincuenta mil onzas de oro como indemnización de guerra, á renunciar á todo tributo ú homenaje que anteriormente le rendían los reyes de Deukera, Assim, Adansi y otros varios; á abrir una ruta desde Coumassie al río Prah, que tenga de ancho lo menos quince piés, y por último, á hacer todo lo que dependa de él para evitar en lo sucesivo los sacrificios humanos.

Este tratado fué firmado el 18 de febrero, y se llama « Convenio de Fommanah, » que el rey debe firmar y enviar á Cape Coast en el plazo de quince días. Lo que resta ahora saber es si Koffi-Kalkali se decidirá á ratificar la firma de su enviado Saibee Enquie.

Después de ver coronada su espinosa empresa con un éxito feliz sir Garnet Wolseley, creemos no desagradará á nuestros lectores que á su retrato acompañemos su biografía.

Sir Garnet Wolseley nació en Golden-Bridge-House, (condado de Dublin,) el 4 de junio de 1833, y pertenece á la familia de Wolseley del Staffordshire, y su bisabuelo Richard Wolseley fué el primer baronet irlandés.

Su padre, que era mayor del regimiento 25 de infantería, le hizo seguir la carrera de las armas, y en 1852, el joven Garnet, es de creer á la edad de diez y nueve años, tomó parte en clase de abanderado en la guerra de Birmanie, sostenida por la Compañía de las Indias, contra el rey de Ava, y que terminó en mayo de 1853 con la anexión de la provincia de Pégu á las posesiones británicas. Herido el joven oficial á la cabeza de un destacamento, esta brillante conducta fué puesta á la orden del día, y ascendido entonces al grado de teniente.

En la guerra de Crimea se distinguió como ingeniero auxiliar, dirigiendo las trincheras construidas delante de Sebastopol, y en 1857 fué enviado con el grado de capitán para combatir la terrible insurrección de las Indias, en donde dió pruebas de energía y valor. Garnet Wolseley tomó parte en la defensa de Alumbagh por Outram, á la toma de Lucknow; y después como cuartel-maestre general de las tropas de sir Hope Grant en los combates de Barea, de Nawab-yunj, etc.

En 1858 fué nombrado mayor, y teniente coronel en 1859, formando parte de la expedición de la China; y á su regreso pudo encontrar, por fin, un poco de descanso que hasta entonces no había tenido. En 1863 fué ascendido á coronel, casándose dos años después con Luisa Erskine. Desde esta época se dedicó á trabajos literarios, y entre las obras que publicó debemos citar la *Guerra de la China*, en 1860, y varios manuales dedicados al soldado.

En 1870 fué elegido para mandar la expedición enviada al Canadá en el territorio del Río-Rojo contra los insurgentes del fuerte Garry, consiguiendo que su misión obtuviera los más felices resultados. En recompensa de sus servicios, sir Wolseley recibió el grado de ayudante-general adjunto á los Horse-Guards, y fué condecorado con la orden del Baño, siendo ya caballero de la Legión de Honor, de San Miguel y San Jorge, y había recibido la cruz del Medjidí. También estaba condecorado con varias medallas conmemorativas de las diferentes campañas en que había tomado parte.

Esta es la biografía del joven general elegido en 1873 para mandar la expedición dirigida contra los asantís.

Z.

Estudios históricos y literarios.

GÜELFOS Y JIBELINOS.

El Dante. — Extractos de la *Divina Commedia*, traducidos por Villegas en el siglo XV.

(Conclusion).

« — ¿Qué gente es aquella que tal honra alcanza,
 » Y así de los otros su modo departe
 » Me dí, tú que honras la ciencia y el arte?
 » ¿Cuál es su manera, su vida y usanza? »
 Respúsome: — « Aquella hermosa alabanza
 » Que dellos resuena en su vida allá suso,
 » Del cielo les sobra la gracia acá ayuso
 » Por do entre los otros de honor los avanza. »

En tanto por mí una voz fué sentida
 Con grave reposo y en forma quieta:

« Salid á honrar al muy alto poeta;
 » Su ánima torna de donde era ida. »
 Cuatro ánimas salen á honrar la venida
 En quien la virtud y doctrina consiste;
 Semblante mostraban ni alegre ni triste,
 Con vultos (1) constantes conforme á su vida.

« — Reguarda tú aquel de la espada en la mano,
 » El mi buen maestro comienza á decir,
 » Que muestra delante los tres en venir
 » El ser el señor principal mas anciano:
 » Homero el poeta es, el mas soberano,
 » El otro que viene es el sátiro Horacio,
 » Que fué tan copioso en doctrina y solacio;
 » Ovidio el tercero, el postrero es Lucano.

» Y porque en el nombre que fué declarado,
 » Segund que la voz lo dijo primero,
 » Cada uno de aquestos me es compañero,
 » Así como deben honor nos han dado. »
 Allí se ayuntó aquel noble senado,
 De aquellos señores de altísimo canto,
 Que sobre los otros volaron á tanto
 Como águila vola lo mas elevado.

Después que entre sí razonado se ovieron,
 A mí saludaron con plácido gesto,
 El maestro mio riendo de aquesto
 Conjunto con ellos á mí se vinieron;
 Y mas aun impensa de honor me hicieron
 De ser entre tales, que no merecía,
 Que el sexto me facen de su compañía
 Tornando la via por donde vinieron.

Tomamos camino de aquella lumbrera,
 Fablando de cosas que es bueno callarse,
 Así como entonces fué bueno fablarse
 Segund la sazón y lugar donde era:
 A un noble castillo, que de una ribera
 Estaba cercado y de séptimo muro,
 El agua pasamos como un suelo duro,
 Do ví maravilla de extraña manera.

Llegamos á un prado de fresca verdura,
 Habiendo pasado por sus siete puertas,
 Que yo con los sabios fallamos abiertas,
 Do vimos la gente de sabia cordura;
 Los sus ojos tardos moviendo en mesura
 Con autoridad su gracioso semblante,
 De raro fablaban con voz resonante,
 Escuela parece de humana natura.

Pusímonos, pues, á mirar del un lado,
 Lugar descubierta y asaz luminoso,
 De todo se via el colegio fermoso
 De claros varones allí congregado;
 Con tanto dulzor desque ovimos mirado
 Por luengo discurso como en general,
 Mostráronme algunos por mas especial,
 Que haberlos yo visto me estimo ensalzado.

Y vimos á Electra (2) con muchos famosos,
 Entre los cuales á Hector y Enea,
 Camila también, y á Pantasilea,
 A César armado, con ojos graciosos,
 Queriendo apartarse de trances dañosos
 Está con Lavina el buen rey latino;
 Y vimos á Bruto como echa á Tarquino
 De fuera los muros jamás victoriosos.

Y solo á su parte está el Saladino:
 De aquellos varones de clara familia,
 María, Lucrecia, y Julia, y Cornilia,
 Y otras que agora los nombres no atino.
 Alcé mas los ojos mirando con tino
 Por otras naciones de gente que alaben,
 Sentado el maestro entre aquellos que saben,
 Le vimos doctado de espíritu divino.

Y todos le miran con grand reverencia;
 Estábanle Sócrates cerca y Platon,

(1) Rostros respetables.

(2) Electra, madre de Dardano, de quien tuvieron origen los troyanos.

Que mas que los otros propincuos le son,
 Demócrito al mundo que acaso dió sciencia,
 Eráclito, Thales y Empedoclés,
 Zenon, Dioscorides, el que nos es
 Un acolitor (1) de divina sapiencia.

Y vimos á Tulio, á Lino, á Orfeo,
 A Séneca, sabio en doctrina moral,
 Euclide geómetra, el que por igual
 Media los ángulos, y á Tolomeo;
 Avicena, Hipocras habiendo deseo,
 Guardar la salud regulaba con tiento;
 También Avenruiz haciendo el comento,
 Que alarga la vida segund que yo creo.

No puedo de todos narrar por entero,
 Con tanta materia se olvida mi tema,
 El flaco juicio conviene que triema
 Si es grande la obra y él queda postrero:
 La sexta campaña que estaba primero,
 En dos es quedada, y por otro camino
 Del aire quieto á do tiembla contino,
 Me lleva mi guía sin mas ver lucero.

FIN DEL CANTO CUARTO.

CANTO XXXII.

ARGUMENTO.

En este canto trata el poeta de los traidores, y penas que sufren en el infierno entre crudos hielos.

CANTO XXXII.

Si voz yo tuviese disforme, espantable,
 Y ásperos versos segund se conviene,
 Al centro profundo, que el peso sostiene,
 Podría yo sacar algund fruto notable
 De aqueste trabajo; mas es inefable
 A toda elegancia decir su malicia
 Consejo el temor á mi flaca pericia,
 Pues ha de ser poco que nada no fable.

Porque pintar fondo al grande universo,
 No es tal empresa de en burla tomarse,
 Ni á lengua que en ba-bo y en ma-ma (2) fablarse
 Comienza en principio por modo diverso;
 Mas aquellas dueñas ayuden mi verso
 Por quien pudo á Tebas cercar Anfion,
 Y así corresponda mi pluma á razon,
 Que muestre del centro su mal tan perverso.

O pues sobre todos mal aventurado
 De pueblo, cautivo en tormentos y ultrajes,
 Que ya fueran zebras ó bestias salvajes,
 Su mal con su vida que fuera acabado (3):
 Pues fuimos al fondo feroz mal fatado,
 Del cual describir y fablar es tan duro,
 Debajo los pies el pozo es obscuro
 De aquellos jigantes que ovimos fallado (4).

Oí que decían: « Reguarda los pasos,
 » Que así caminando no fuellen tus plantas
 » Las tristes cabezas, que aquí yacen tantas
 » De hermanos cautivos, perdidos y lasos: »
 Los ojos volví, que en ver son escuasos,
 Y vi que á mis pies uno estaba delante,
 De vidrio y no de agua mostraba el semblante,
 Con todos los miembros de fuerzas escasos.

(1) Recolector ó recopilador de las virtudes y propiedades de las cosas que Dios crió, como plantas minerales, etc.

(2) Quiere decir, que no es empresa para hablarla en lengua florentina, y alude al modo con que principian á hablarla, haciéndole pronunciar á los niños sus dueños, ayas ó madres, *babó, mamá*.

(3) Compadece el poeta á los desventurados que están en aquella profundidad horrible cautivos, ultrajados y vituperados, que les fuera mejor ser bestias salvajes, en las que acaba el alma con la vida.

(4) Sima, que está debajo del pozo ó estancia oscura, donde encontró los jigantes.

En Tanais (1), debajo de aquel frio cielo,
De invierno el Danubio allá en Osterich
No es tan helado, que si el Tabernich (2)
Cayese de golpe encima aquel hielo,
O la piedra plana, ni tan solo un pelo
Del borde quebrado no creo que sería,
Ni por tales golpes se rechinaria
El grande grosor que contiene su velo.

Y como se está solozando la rana
El muxo defuera del agua sacando,
Al tiempo que sueña de andar espigando
Tras los segadores la pobre villana,
Así están dolientes en la helada cana (3),
Fasta donde es el mostrar la vergüena (4),
Los dientes tocando en son de cigüeña (5),
Cancion lastimosa, doliente, inhumana.

Cada uno de aquellos la cara bajada
Tenia, y por la boca salia la friura,
Y por los sus ojos la grande tristura
Que da testimonio á su vida afanada :
Despues que de entorno tan fiero morada
Reguardo, á mis pies vi dos apretados,
Cabezas y pelos en uno mezclados
Semejan, y á entrambos conjela la helada.

« — ¿Quién sois, les pregunto, que así estais asidos
» De caras y pechos? » Los cuellos alzaron
Los ojos de lágrimas humedecidos
Gotean por los labros de rabia torcidos
Que aquel hielo exprime su lloro penoso :
Quedó claro el viso magüer lacrimoso,
Y en sí se retornan de ira punjidos.

Jamás del esparto así fué apretado
Un leño con otro, como estos se asieron,
Y como cabrones topadas se dieron.
Un otro que en hielo allí era tapiado,
De entrambas orejas estaba privado
Por fuerte tormento de aquella friura,
Nos dijo con cara bajada en tristura :
« — ¿De tanto mirarnos, qui os puso en cuidado? »

» Si destes dos tanto vos plaze saber
» Qien soy y de donde, sabed, que aquel valle
» Por donde el Visencio declina su calle,
» El su padre Alberto lo tuvo en poder (6),
» Y ellos tambien son de un vientre en nacer ;
» Mas no vereis almas en esta caina
» Tan dignas plantadas ser en jelatina
» Quanto estos en ella merezcan yacer.

» Ni menos equal que ovo el pecho rompido
» Y el lomo de un golpe, por la fuerte mano
» De Artur, ni Tocacia el traidor homiciano (7) ;
» Ni aqueste que encombra mi vulto alligido,
» Que con su cabeza me atapa el sentido
» De ver que no puedo, Saso es Macheron (8) ;
» Si tosco tú eres sabrás su nacion,
» Que allá está su nombre del mundo aborrido.

» Y porque no abrevie contigo el fablar,
» Camicion de Pazzi fuí yo allá nombrado (9),

» Espero á Carlino (1) que venga á mi lado,
» Para ser descargo en el mi mal obrar. »
Mil rostros de canes allí vi asomar
Temblando de frio, que agora me espanto,
Y siempre mi ánimo siente aquel llanto
Las veces que de ello se viene á acordar.

Y mientras que contra del miedo yo andaba
Adonde se apunta la toda graveza,
Temblando del frio y su eterna aspereza,
No se si algun fado ó fortuna lo obraba,
Que á uno pasando hollé que gridaba
De entre otras cabezas de aquel fondo helado :
« ¿Por qué el viso triste así me has hollado,
» La de Monte-Aperto á vengar te esperaba? »

Yo dije al maestro : « Agora me espera
» Para que me informe de alguna dudanza,
» Que compensaremos de andar la tardanza : »
Y á aquel yo le dije : « ¿Por qué en tal manera
» Estás blasfemando, ó ánima fiera?
» Pues dinos quien eres te ruego yo ahora. »
« — Mas ¿quién eres, dijo, que en esta anthenora (2)
» Al modo te mueves de vida primera? »

« — Soy vivo, le dije, y pagarte podria
» Si ser olvidado tu nombre reclama,
» Entre mis notas tornando tu fama. »
« — Contrario de aquesto, me dijo, querria,
» Pues déjame estar, y continua tu via,
» Que mal se lisonja en este profundo. »
Trabé del cogote al esprito infacundo,
Y dije : « A encubrirte no basta porfia. »

« — Ca ser te ha forzado, que quieras ó no,
» Decir declarando tu nombre maldito. »
« — No esperes, clamaba con flébile grito,
» Por mas que me meses te diga quien so. »
Un puño de pelos mi mano sacó ;
Mas siempre ladraba los ojos bajados ;
Entonces un otro de aquellos dañados :
« — ¿Qué has, dijo, Buca, que lloras? » gritó.

« A tí no te basta los dientes sonar :
» ¿Qué has del diablo que así estás ladrando? »
Yo dije : « Perverso, traidor y nefando,
» Que ya mas no quiero oírte fablar ;
» A tu grand vergüenza y por te blasfemar,
» Las tales novelas de tí llevaremos. »
« — Ve, dijo, tu via y si de estos extremos
» Quizás has de salir y de suso tornar. »

« No pongas olvido de allá referir
» De aqueste que tuvo la lengua tan presta,
» Que llora el dinero, con voz deshonesto,
» Que con los franceses le hizo fallir :
» De como le viste podrás tú decir
» Que estaba en el hielo aquel de Duera (3),
» Do están los traidores cual fué su manera
» Tan frescos que nunca se pueden pudrir.

« Está del tu lado el de Becaria (4),
» Si fueses pedido quien otro allí era,
» Al cual ya Florencia segó la gorguera,
» Y Juan Soldanier mas allá se resfria
» A do es galardón con la tal compañía (5),
» Tambien Tribaldelo (6) que abre la puerta,
» Do su traicion velaba despierta,
» Al tiempo que toda la gente dormia. »

(1) Carlino, de la familia de los Pazzis, entregó por traicion una fortaleza que le era confiada : aun no habia muerto cuando escribia esto Dante.

(2) Anthenora, segunda estancia de los condenados : la llama así por Antenor, que segun la historia vendió á su ciudad y patria.

(3) Micer Vesio de Duera, natural de Cremona, enviado á estorbar el paso á los franceses que iban contra Manfred, vendió por dinero la entrada, siendo esto causa de la destruccion de Manfred y de todos los jibelinos.

(4) El abad de Valumbrosa, del linaje de los Becarias, fué enviado por el papa á Florencia en favor de los güelfos, y se vendió á los jibelinos, por lo que fué excomulgado.

(5) Siendo Soldanier jibelino se vendió á los güelfos.

(6) Tibaldeo, estando en el ejército florentin, vendió á los enemigos la guardia de una puerta que le era confiada.

Partimonós ya del traidor lastimero,
Y vimos á dos en el un cabo helados,
Tan juntos en uno y así conjelados,
Que al tiesto del uno es el otro sombrero ;
Y como con fambre en sabor verdadero
El pan á bocados se masca y trabuca,
Así foracaba con dientes la nuca
Al mas inferior el que estaba cimero.

De aquella manera royó ya Thideo
De el Menalipo las muertas quijadas (1) ;
Así aquel los sesos y orejas rozadas,
Comer con crueza en tal modo le veo.
« — O tú que demuestras con ceño tan feo
» Sobre ese que muerdes tal odio bestial,
» Le dije, declárame, ¿qué fué su mal,
» O qué contra tí ser le hizo tan reo? »

« — ¿Y quién sois entrambos? con este partido,
» Que si del quejarte has tanta razon,
» Sabiendo quien sois y su tal ofension,
» Al mundo do presto seré reducido,
» De culpa dañado en te haber ofendido,
» Allá con mis versos diré cuanto peca
» Con esta que fablo, si no se me seca,
» Que sea en ambos mundos su nombre punido. »

FIN DEL CANTO XXXII.

Visita del mariscal Mac-Mahon

Á LA FÁBRICA DE FUNDICION DE CAIL.

En el discurso pronunciado por el mariscal Mac-Mahon ante los miembros del Tribunal de Comercio del Sena, manifestó su ardiente deseo de disminuir los graves perjuicios que en la actualidad sufre la industria y el comercio parisiense; y despues de enumerar los trabajos que en su concepto están destinados á hacer cesar un estado que tanto perjudica tambien á la clase obrera, añadió :

« Confío que los trabajos solicitados con gran insistencia por las grandes casas industriales, podrán dar principio dentro de un plazo muy breve : me refiero á la construccion de las dos estaciones que deben establecerse en Grenelle y Gentilly, y del ferrocarril de circunvalacion de los alrededores de Paris. »

El mariscal, al trasladarse el 7 de marzo á Paris, para visitar algunos talleres, se dirigió primero á Grenelle, que es uno de los grandes centros industriales mas importantes de la capital.

Entre los establecimientos que existen en esta region, la atencion del mariscal debia recaer necesariamente en la fábrica de fundicion de Cail y compañía, tan conocida casi en el mundo entero por los importantes trabajos á que se ha dedicado, particularmente durante el sitio de Paris, que, bajo el fuego de las baterias prusianas, no ha cesado ni un momento de contribuir con sus trabajos á la defensa de Paris y á la alimentacion de la poblacion.

A las dos de la tarde, el mariscal, acompañado de los coroneles Robert y Broye, y M. de Langsdorf, oficial de marina, llegó á la fábrica, en donde fue recibido por M. Cail y los principales jefes de sus establecimientos.

Introducido inmediatamente en los talleres, el mariscal se enteró de su organizacion y de la marcha general que se observaba en la fabricacion.

Primeramente visitó el magnifico taller destinado para montar las locomotivas y diversas máquinas, que está situado al centro del edificio. A su alrededor se ven los talleres de fundicion de hierro y de cobre, las fraguas y la maquinaria, servidos en su perimetro por vias ferreas, sobre las cuales el servicio se efectúa por medio de una locomotiva inventada por MM. Cail y compañía, que describe curvas de un radio muy pequeño, y que no excede de diez metros.

En las fraguas, el mariscal observó el conjunto de aparatos que en este departamento figuran, y vió las máquinas en movimiento fundiendo clavos y otras pequeñas piezas.

A su paso por el departamento destinado á la fundicion, uno de los tubos vertia el metal en grandes cucharas de hierro, y trasladado inmediatamente

(1) Thideo, hijo del rey Gneo de Calcedonia : en la batalla de Tebas vino á las manos con Menalipo, valiente caballero tebano, á quien dejó muerto en el campo, quedando herido de este combate : habiéndole llevado al real, y héchole entender que su herida era mortal, hizo le trajesen la cabeza de Menalipo, y comióle furioso las quijadas y las orejas, despues de lo cual murió.

(1) Rio que nace al Septentrion, en los montes Rifeos, donde es el frio insoportable.

(2) Tabernich, roca altísima en la Esclavonia.

(3) Cana, blanca : helada blanca ó nieve.

(4) Hasta la cintura.

(5) Son de cigüeña; dando el pico uno con otro; tiritando.

(6) Habla de dos hijos del Alberto que cita, los cuales eran mellizos, y despues de la muerte de su padre convinieron en matar á su hermano mayor para partirse sus bienes, situados junto al rio Vicencio, en territorio de Florencia : verificado dicho crimen, se dieron luego el uno al otro veneno, por apoderarse cada cual de toda la herencia; pero ambos murieron.

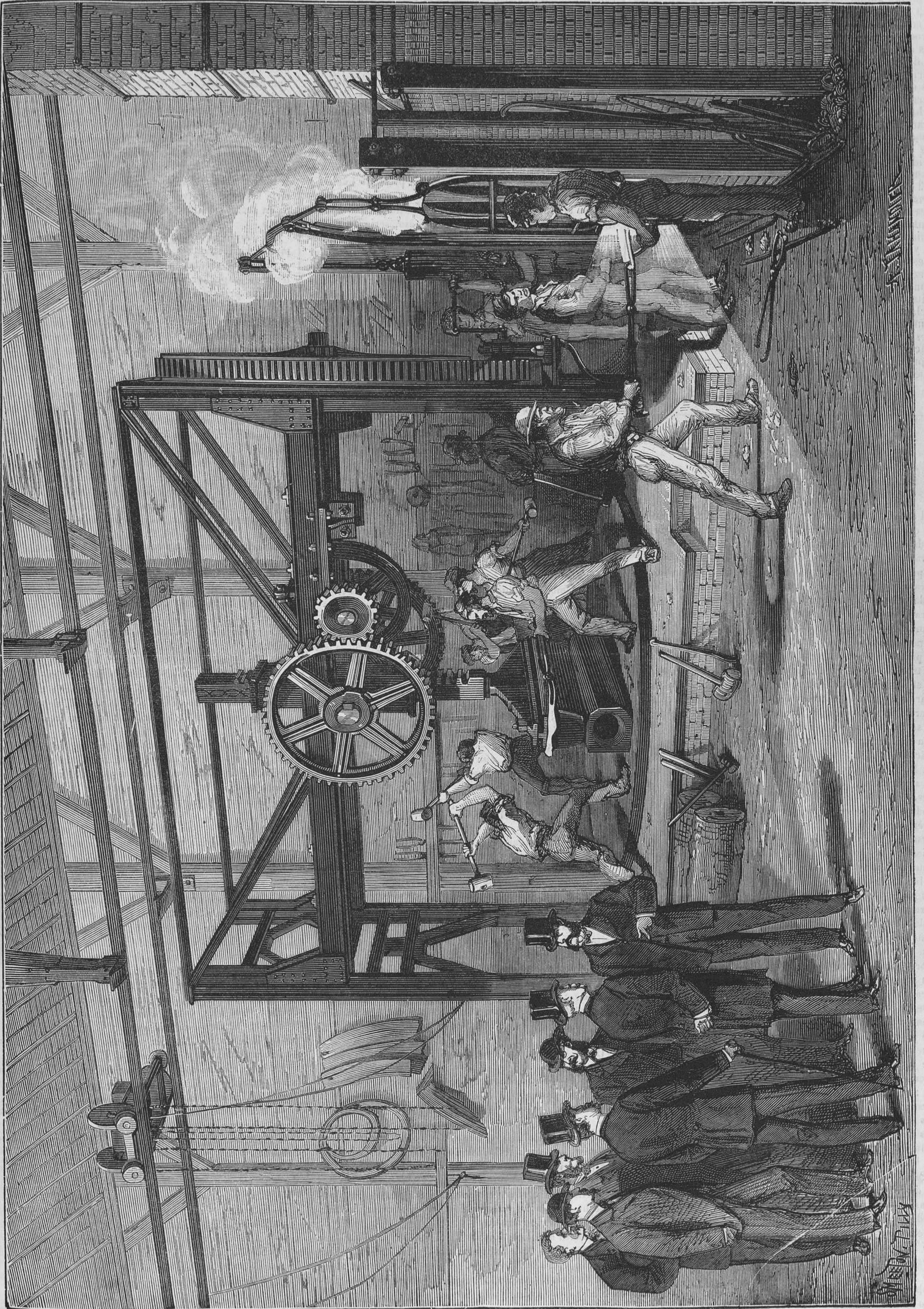
(7) Homiciano, por homicida : así se dice en las montañas. Tocacia fué causa de la division de los pistoyanos en blancos y negros, de que resultaron tantos desastres á Pistoya y Florencia.

(8) Saso Macheron asesinó á un tio suyo de un modo tan escandaloso, que fué hecho muy divulgado en la Toscana.

(9) Micer Alberto Camicion mató traidoramente á un pariente suyo.



EXPEDICION INGLESA CONTRA LOS ASHANTIS. — Entrevista de los enviados del rey Kofi con los oficiales ingleses.



PARIS. — El mariscal de Mac-Mahon visitando el establecimiento de M. Cail.

en los moldes destinados á recibirlos y trasformarlos en piezas amoldadas.

El mariscal se trasladó en seguida al taller especial de construcción de puentes y edificios de hierro. Aquí encontró transformadas en talleres fracciones de galerías de hierro que figuraban en la Exposición universal de 1867, y que habían sido suministradas por la fábrica Cail y compañía. El mariscal recorrió en todos sus detalles las diferentes transformaciones que el hierro y el palastro sufren en este taller, por medio de herramientas de gran fuerza y de máquinas para limar, cizallar, taladrar y cimbrar, deteniéndose más especialmente para seguir el trabajo rápido á la vez que económico de preparar las planchas de hierro batido para darlas las formas apropiadas á los diversos usos á que están destinadas.

El mariscal terminó su visita por los talleres de calderería establecidos en el edificio que se improvisó durante el sitio de París para la instalación de doscientos pares de muelas, además de las ciento que se habían colocado anteriormente, con todos los motores y productores de vapor necesarios para la marcha de esta segunda fábrica de harinas, es decir, con una fuerza de 600 caballos.

Durante el tiempo que el mariscal invirtió en su visita, dió muestras del gran interés con que mira esta clase de establecimientos, y del vivo deseo que le anima de contribuir, dentro de las atribuciones que le están conferidas como jefe del Estado, á sostener la actividad é influir en el desarrollo de esta clase de empresas, único medio de sacar á la clase obrera de la penosa situación en que se halla. N.

Revista de Paris.

El sábado último se ha resuelto en Versalles una cuestión que interesa sobremanera al mundo artístico. Se ha votado por la Asamblea nacional, antes de separarse para las vacaciones de Pascua, que se prolongarán hasta el 12 del próximo mes de mayo, el crédito de cinco millones de francos que pedía el gobierno para la conclusión acelerada del nuevo y ostentoso edificio que será la Grande Opera francesa. El crédito fué votado por una inmensa mayoría, 510 contra 39; pero en los 39 hubo un diputado que no se limitó á protestar con su boletín negativo, sino que pronunció un discurso á propósito de la Opera, en que trató la cuestión de la regeneración de la Francia. Fué el honorable M. de Lorgeril, del extremo derecho.

Varios diputados interrumpieron repetidas veces en son de sarcasmo al orador, y la prensa, con pocas excepciones, se ha mostrado severa al juzgar sus palabras.

Sin embargo, pudo haber exageración en atribuir al espectáculo de la Opera la perniciosa influencia que combatía M. de Lorgeril; mas en el fondo de la argumentación se destacan, á nuestro modo de ver, grandes verdades.

Todo el mundo conviene en que si las causas de los desastres que la Francia ha sufrido son muchas y de muy diversa índole, algunas de ellas provienen directamente de cierto egoísmo sensual que está reñido con los sentimientos elevados y con las nobles y generosas virtudes.

A la conclusión de la guerra fatal con la Alemania, por todas partes se oyó en el país el grito de que era preciso una regeneración; y sobre este punto, M. de Lorgeril recuerda las palabras que pronunció en Burdeos, en una ceremonia pública, M. Gambetta: « Es menester regenerar la Francia por la austeridad de nuestras costumbres. » Palabras eminentemente juiciosas y oportunas, que denotaban una enérgica resolución y envolvían la más grata esperanza.

¿Deben quedar sin efecto? ¿Se debe persistir en no presentar á los hombres otra cosa que goces materiales? ¿Qué joven se enmendará si, después de haber dado rienda suelta á sus pasiones, se le lleva otra vez al espectáculo de un mundo que ha deslumbrado sus ojos, si se le ofrecen placeres que fueron su ruina?

No: con ningún joven se obraría así; y menos debe obrarse con un pueblo.

Los cinco millones que se piden para un teatro, salen de los nuevos impuestos, que paga el pobre, lo mismo en los campos que en las ciudades.

No levantando magníficos edificios consagrados al placer, con un lujo insensato, se regenerará la Francia.

M. de Lorgeril clama contra las prodigalidades excesivas hasta de las personas pudientes, porque excitan la envidia del trabajador, que se engolfa igualmente en gastos inútiles.

Ese monumento suntuoso, erigido en medio de los bulevares, le parece un insulto de bronce á todos los principios que sirven de base al orden y á la estabilidad de los gobiernos. Adormecido en esos goces, sucede que el pueblo se despierta un día en los desastres.

El orador se apresura á hacer constar que él es tan

aficionado como cualquiera á las bellas artes; que no censura la cosa en sí misma, sino el exceso. Según la extensión y las disposiciones del nuevo teatro, dentro de pocos años no bastará la enorme subvención de 900,000 francos que se da hoy; se necesitarán dos millones.

Y haciéndose cargo del argumento que es preciso conservar á la Francia lo que le queda de sus glorias, y que entre ellas una de las principales es el arte de interpretar magistralmente las obras maestras del repertorio lírico y coreográfico, M. de Lorgeril termina su discurso diciendo:

« Por mi parte, os declaro que no me interesa en manera alguna semejante gloria. Mas diré: me avergonzaria y me alligiria el ver que la Francia acaba como esos pobres veteranos que, después de haber prestado buenos y largos servicios, se encuentran en la necesidad de esconder sus cruces ganadas en el campo del honor, para pedir limosna. Si llegáramos á semejante caso, sería preciso ir al frente de la Opera para desgarrar las páginas de nuestra historia y quemarlas. Si: no habria otro medio mejor de marcar la transición hácia una época en que los músicos y danzantes ocuparían los primeros cargos del Estado; en la que un director de teatro tendria una habitación más suntuosa y una remuneración más considerable que un condestable de Francia; en la que la formación de una compañía de cantantes y bailarinas sería un asunto de Estado más importante que la reorganización de nuestro ejército; por último, una era en la que bajo la influencia del entusiasmo general, podrían los representantes del pueblo verse en la obligación de tener que declarar benemérito de la patria á un bailarín ó á una cantante. »

Otro diputado hizo también oposición al proyecto del gobierno, bajo distinto punto de vista, en la cuestión de guarismos.

Sabido es que la suma que se destinó en un principio á la construcción del teatro de la Opera no pasaba de 12 millones. Después el presupuesto se fué aumentando. A medida que se continuaban las obras, la cifra iba subiendo, y en la actualidad está calculado el costo en 32,500,000 francos.

¿Quién nos dice, preguntó con razón el diputado, que los cinco millones que hoy se reclaman bastarán para concluir el famoso monumento? Quizás se puede hacer este último sacrificio; pero no es cosa de sepultar millones y mas millones en ese interminable trabajo.

La comisión contestó á esta observación asegurando que no solo no se pediría más dinero, sino que no se gastarían los cinco millones, por la razón de que se venderá el terreno en donde estaba situado el antiguo teatro que se incendió, y que producirá, á 500 francos el metro, la suma de tres millones y medio.

La Asamblea votó, como hemos dicho, el proyecto de ley, que está ya promulgado.

Seguidamente se ha dado un gran impulso á las obras, y antes de finalizar el año corriente, ó lo más tarde á principios de 1875, se inaugurará el suntuoso templo levantado en París á la música y al baile.

Inútil será añadir que los parisienses han aplaudido esta determinación del gobierno, sancionada por la Asamblea.

Paris es la ciudad del lujo y de las artes. En vano M. de Lorgeril y todos los moralistas del mundo predicarán aquí la sencillez de costumbres, la austeridad en la vida; Paris no comprende la existencia como la comprendía en la antigüedad la república de Esparta. Santo y bueno que se reorganice el ejército y se levanten fortificaciones y se aumente y se perfeccione el armamento; pero á la vuelta de esto, es preciso divertirse, mucho teatro, mucho baile y mucha reunión, tal es el programa.

Además, se cree que el lujo alimenta al pobre.

Lamartine ha dicho que el lujo de los ricos da pan á los obreros.

Y con efecto, hablando precisamente de esta cuestión de teatros, añade que viven de ellos en Francia más de 80,000 familias.

¿Quién se atrevería á tocar á una industria que produce tanto?

Sea como quiera, nuestra opinión es que hay circunstancias excepcionales, y que en ellas se encuentra hoy la Francia. Enhorabuena que el gobierno de una nación culta, como esta, proteja las artes y procure que Paris no descienda del alto nivel á que se ha colocado en las cosas artísticas; pero todo exceso en la situación actual, debe tener por consecuencia aumentar los impuestos que pesan ya demasiado sobre el país, y por consiguiente debe medirse con cordura esa protección que en otras épocas se ha podido dispensar sin temor de agravar las cargas de los contribuyentes.

En cuanto á la cuestión de la moralidad, no está por cierto en el lujo de las decoraciones y los trajes que se presentan á la admiración del público: está en las obras de los autores dramáticos, y es fácil encaminar esta producción por otra vía que la que ha elegido. En muchas ocasiones hemos insistido en este punto verdaderamente importante.

Es, con efecto, una inclinación común á todos los que escriben para el teatro.

Hé aquí M. Octavio Feuillet, uno de los talentos privilegiados del teatro francés moderno, que acaba de darnos un drama, cuyo argumento, desnudo del prestigio con que está delineado por la elegante pluma del autor, ofrece otra prueba más de esa ausencia de sentimiento moral que deploramos.

Su título es *la Esfinge*, y se ha estrenado la semana última en la Comedia Francesa, llamando poderosamente la atención del público.

Al levantarse el telón nos encontramos en el palacio del almirante conde de Chelles, situado en las márgenes del Loire.

Blanca de Chelles, hija política del almirante, se aburriría soberanamente en aquella mansión régia si no amara en secreto á Enrique de Savigny, esposo de su amiga Berta.

En cuanto al esposo de Blanca, se halla recorriendo el mundo en los buques del Estado.

¿Es amor verdadero el que profesa á Enrique, que está lejos de sospechar una inclinación semejante?

En un principio es pura coquetería: una mujer ociosa, que vive entregada completamente á las frivolidades mundanas, no se ha formado una idea muy rígida de sus deberes. Así es que se ve rodeada de cortesanos, y ella, seducida por tantos homenajes, se abandona á la corriente de esa existencia de diversiones y placeres que le parece un camino sembrado de rosas sin espinas.

No comprende que se vayan alejando de ella las personas que tienen en algo su buena fama. Tanto baile, tanto paseo, esa fiesta permanente que hay en su casa, no pueden convenir más que á los admiradores interesados de la hermosa Blanca de Chelles.

Uno de los que más fruncen el ceño es Enrique de Savigny; y Blanca, que echa de ver aquella hostilidad poco disimulada, le persigue con sus sarcasmos.

¿Cómo! ¿Hay un hombre en su corte que se atreve á no prosternarse á sus pies humildemente como un esclavo?

Blanca dominará con su amor á un hombre tan osado. Tal es el punto de partida de su pasión: veamos sus peripecias y su desenlace.

Enrique se decide á dejar aquella casa y se muestra insensible á las súplicas de Berta, que defiende á su prima, ó por lo menos trata de disculparla.

La explicación produce una escena de alto interés dramático.

— Me dejais porque me aborrecéis y me despreciáis, le dice Blanca, ¿qué os he hecho? habladme francamente.

Enrique contesta que aquel modo de vivir no le conviene; y que ya que ella le pide la verdad, debe manifestarle que su coquetería con todos los hombres es un escándalo.

— Quizás, añade, si fuera una pasión, os compadecería; pero esos juegos con el amor son vituperables. Excitar las pasiones de los hombres para burlarse, por puro pasatiempo, es una diversion que no quiero presenciar más tiempo, porque se oponen á ello mi dignidad y mi decoro.

— ¿De modo que seríais indulgente conmigo, si os probara que la vida que llevo no tiene más objeto que el de sofocar en mi corazón un amor que le devora?

— Quizás.

— Esperad un instante.

Y sale del aposento volviendo muy luego con un paquete de cartas escritas por ella y que no se ha atrevido á enviar al hombre á quien están dirigidas.

Este hombre es Enrique.

La lectura de estas cartas le trastorna; Berta nota su turbación, los celos la abrasan.

¿Blanca es tan bella, sus atractivos son tan grandes!

Pero no; Enrique jura á su esposa que no la ama, y se lo jura á sus pies, con lágrimas en los ojos.

Blanca ha visto esta escena.

— ¿Estás celosa? la dice; te vas á convencer de que son infundadas tus sospechas.

La hace esconder detrás de una cortina y manda llamar á uno de sus adoradores, á lord Atsley, un opulento inglés que posee un castillo en Escocia.

— Dentro de una hora saldremos para Escocia: preparad el carruaje.

Y efectivamente, se dan cita, y á la hora prefijada se disponen á partir el inglés y Blanca de Chelles.

Pero Enrique está enterado por Berta de lo que sucede, y se interpone.

— Renunciad á vuestro proyecto ó si no...

— Si no...

— Morireis ahogada en ese lago.

— ¡Ah! exclama Blanca con delirio; ¡me amas!...

¡Pobre Berta! Ahora no puede dudar: ¡Enrique en los brazos de su prima!...

¿Qué le queda á ella? La muerte.

— No, no, dice Blanca, quien la merece soy yo.

Y abriendo una sortija que lleva en el dedo y que representa una esfinge, se bebe el tósigo que contiene y su-

cumbe á vista del público en una agonía espantosa.

Este es el drama, escrito como hemos dicho, con toda la corrección y la gracia del autor de *Dalila*, con situaciones interesantes y algunos caracteres, sobre todo entre los de segundo orden, perfectamente trazados.

Por lo que hace al de Blanca, por el análisis que precede verá el lector que es un conjunto de contradicciones: decidida á ser culpable, prepara una huida con un hombre que no ama, cuando descubre que el que ama la corresponde. Bástenos señalar esta sola.

La obra ha tenido éxito por un detalle.

Mlle Croizette, que hace el papel de Blanca, agoniza con una verdad que rara vez hemos visto en el teatro. Es una escena larga y desgarradora. Los amantes del realismo aplauden con un furor delirante. Es el género de la Ristori, y exagerado.

MARIANO URRABIETA.

BOLETIN

DE CONOCIMIENTOS ÚTILES.

DE LA TRASPARENCIA Y OPACIDAD ACÚSTICA DE LA ATMÓSFERA.

Todos hemos podido observar que los cañonazos y las señales acústicas no se oyen todos de un mismo modo, cualquiera que sea el estado de la atmósfera. Durante el sitio de París sucedía con mucha frecuencia que en las fortificaciones del Sur no se distinguía el ruido que producían las explosiones de las piezas enemigas que bombardeaban la población, á menos de 3,000 metros de distancia. Hasta hoy se creía que el aire tenía una gran influencia en la trasmisión de las ondas sonoras. M. Tyndall, que acaba de comunicar á la Sociedad Real de Londres un trabajo muy importante acerca de la transparencia y opacidad acústica de la atmósfera, ha venido á rectificar la opinión que acerca de este punto profesaban los físicos.

La corporación de *Trinity House* encargó á M. Tyndall que fijara la distancia á la cual las señales ordinarias hechas en medio de la bruma por bocinas, trompetas marinas, silbidos de vapor y cañonazos podían ser oídas en el mar y de buscar la verdadera causa á que deben atribuirse estas variaciones de distancia, según las condiciones atmosféricas. Al efecto, M. Tyndall colocó señales sobre los peñascos mas escarpados del Southforeland, cerca de Douvres, embarcándose despues á fin de acercarse ó alejarse de la costa, hasta que los sonidos fueran perceptibles al oído.

Desde los primeros días se sorprendió de las anomalías que se le presentaban y que en un principio le parecían inexplicables. Hasta hoy se había asegurado que el sonido se propagaba mejor en tiempo seco y claro que cuando había humedad, y particularmente si una ligera brisa sopla en dirección del observador. Las experiencias hechas por M. Tyndall no están conformes con esta opinión.

El 25 de junio, por ejemplo, la dirección del viento era favorable, pues el sonido de una trompeta de marina y el estruendo de una pieza de 18 que hizo fuego sobre los peñascos de la costa, se oyeron en el mar á una distancia de 5 y media millas inglesas, ó sean 8 kilómetros 75 metros. Al día siguiente 26, estos mismos sonidos eran perceptibles á la distancia de 17 kilómetros, á pesar de que el viento que soplabla era contrario, pues venía del sud-sudoeste.

El 1º de julio la bruma era espesa y el viento opuesto al observador, pues se dirigía hácia tierra, y sin embargo, se percibían el cañonazo y el sonido de la trompeta á 20 kilómetros, es decir, á una distancia mucho mayor que la que servía en un principio de límite á la percepción de los sonidos en tiempo claro y viento favorable. El 2 de julio, sin que hubiera una causa meteorológica aparente, los sonidos solo eran perceptibles á 6 kilómetros 75 metros. En este día la atmósfera presentaba una opacidad acústica extraordinaria. El 3 del mismo mes, con tiempo sereno y muy caliente, fué preciso aproximarse á 3 kilómetros de la costa para oír la detonación de un cañon de 18, pues solo se distinguían el fogonazo y el humo, pero no se percibía ningún sonido.

Así que una atmósfera clara no puede ser favorable á la propagación del sonido, y no pueden estar tampoco de acuerdo entre la transparencia óptica y la transparencia acústica, como lo había afirmado el doctor Derham en las *Transacciones filosóficas de 1708*, y como se consigna también en las obras de física.

¿Cómo explicar estos cambios tan bruscos en la fuerza de la propagación del aire? M. Tyndall explica este fenómeno de una manera muy sencilla. El 3 de julio, día en que la atmósfera era tan poco conductora del sonido, el tiempo era magnífico, el calor muy intenso y la calma perfecta. Los abrasadores rayos del sol que caían sobre la superficie del mar, debían necesariamente producir una evaporación activa. El vapor de agua que produce, toma por regiones el sitio

del aire y forma como una serie de pantallas vaporosas que, aunque son invisibles, no ocupan por eso menos espacio en zonas de una densidad diferente. Estas murallas húmedas reflejan parcialmente sobre las ondas sonoras y envían el sonido á la costa, á la vez que impiden la trasmisión de las señales acústicas.

El 3 de julio esta explicación se vió confirmada hasta cierto punto. En efecto, el cielo estaba despejado y la temperatura elevada, pero el eco del cañon no llegaba mas allá de 3 kilómetros 5 metros; pero de repente sobrevino una nube bastante espesa que ocultó completamente el sol; desde entonces la evaporación debió naturalmente disminuir; y despues de pasados algunos minutos, M. Tyndall reconoció que el sonido había pasado de 3 kilómetros 5 metros á 3 kilómetros 75 metros. Esta distancia se fué aumentando por la noche á medida que el sol se aproximaba al horizonte, hasta que, al ocultarse, el sonido llegaba á 12 kilómetros 5 metros.

M. Tyndall ha combinado con su habilidad ordinaria una experiencia de laboratorio que prueba que el sonido disminuye cuando las ondas sonoras están obligadas á atravesar superficies gaseosas de densidad y de naturaleza diferentes.

A la extremidad de un largo tubo lleno de aire se coloca una luz de gas, y á la otra extremidad se agita una campanilla. Las vibraciones sonoras pasan al través del tubo y van á hacer oscilar la luz. Entonces con el auxilio de un receptáculo colocado encima y debajo del tubo, y de un mecanismo que pone en comunicación estos dos receptáculos con el interior del tubo, el observador puede ir introduciendo en él capas alternadas de dos gases, como el ácido carbónico y el gas que sirve para el alumbrado. Como el ácido carbónico es muy pesado, desciende, mientras que el hidrógeno, ligero, sube. De este modo el tubo está ocupado por dos gases que no son homogéneos. En este caso es inútil tocar la campanilla, porque la llama, tan sensible á la onda sonora, quedará inmóvil; el sonido no llegará hasta ella, porque la onda está cortada y dispersada al través del tubo. M. Tyndall cree que la reflexión y dispersión del sonido puede compararse á los fenómenos que nos ofrece la luz que se refleja en el agua, las nubes, la nieve y otras sustancias en estado de polvo muy fino. Así que todo lo que puede turbar la homogeneidad de la atmósfera debe disminuir el alcance de las señales acústicas; y todo lo que puede producirla debe, por el contrario, aumentarla.

No debe, pues, sorprender que, despues de caer un fuerte chubasco, se aumente la trasmisión de los sonidos. En la mañana del 8 de octubre, M. Tyndall comprobó que el estruendo que produjo la pieza de 18 llegaba apenas á 8 kilómetros 15 metros de la costa inglesa. Al medio día, despues de haber llovido agua y granizo, el cañonazo se oyó hasta 11 kilómetros de distancia. La lluvia había detenido la evaporación y vuelto al aire su homogeneidad.

Contra la opinión de algunos físicos, se deduce que la niebla, lejos de ser perjudicial á la trasmisión de los sonidos, ayuda á la propagación de las señales acústicas. Los días 10, 11 y 12 de diciembre, en que Londres estaba envuelto en una espesa niebla, renovó M. Tyndall sus observaciones de Douvres con una gran pieza de cañon conocida con el nombre de *Culebrina River*. Las señales se oyeron mucho mas lejos que en los días claros.

La explicación que M. Tyndall da á estas variaciones que sufre la trasmisión de los sonidos, le han sido sugeridas por las observaciones hechas por Humboldt sobre la catarata del Niágara. El ruido que produce la caída del agua se oye tres veces mas lejos durante la noche que durante el día. Humboldt había distribuido esta desigualdad en la trasmisión á la formación de columnas de aire dilatado por encima de las rocas que rodean la llanura. Las piedras calentadas por el sol producen corrientes de aire caliente, y el sonido sufre así una serie de reflexiones sobre superficies de una densidad variable.

Resumiendo, pues, añadiremos que cualquiera que sea la aplicación que se dé á las señales acústicas, todas tienen un resultado muy diferente, según sea el estado de homogeneidad de la atmósfera, y la hora en que se desee hacer la trasmisión.

* *

ABUNDANCIA DE ALGODON.

El *Economista*, de los Estados Unidos, cree que se está produciendo con extraordinaria abundancia el algodón. Según este periódico, el consumo anual hecho por las manufacturas del mundo fabril es, en números redondos, el siguiente: 2,500,000,000 de libras. De esta cantidad, los Estados Unidos fabrican 500 millones de libras, el Reino Unido 1,200,000,000, y el continente europeo 800,000,000. El surtido anual destinado á los países que fabrican el algodón, es: por los Estados Unidos (de toda la cosecha) 1,450,000,000; Indias del Este, 620,000,000; Brasil, 150,000,000; Egipto, 210,000,000; y otros países 70,000,000, formando un total de 2,500,000,000 de libras.

Esta cantidad puede calcularse como siendo la que se pide actualmente.

Con referencia al porvenir inmediato, el surtido normal á los países fabriles durante el año venidero, que concluye en 30 de setiembre de 1874, se calcula, hasta ahora, como sigue: los Estados Unidos, 1,800,000,000 de libras, y los demás países, 1,050 millones de libras, haciendo un total de 2,850,000,000 de libras. Esto suponía un aumento en el producto americano de 1,700,000,000 de libras en el año que termina en 30 de setiembre de 1783, y de 1,800,000,000 en el año próximo. El pedido se estima del modo siguiente: los Estados Unidos, 550,000,000 de libras; Europa, 2,150,000,000, formando un total de 2,700 millones de libras, lo que suponía un aumento de consumo en los Estados Unidos de 10 por 100, y en Europa de 5 por 100 sobre el del año precedente. Si este cálculo resultare exacto, quedaria en las existencias nada menos que 150,000,000 de libras.

* *

ESTADÍSTICA.

Dentro de las 49 provincias en que se divide el territorio de la península española é islas adyacentes, existen 478 partidos judiciales, que comprenden 9,457 ayuntamiento, con 15,673,481 habitantes, según el recuento de 1860.

Para los usos de la vida cuentan los habitantes con 4,073,592 edificios y albergues, hallándose habitados constantemente 3,008,935, habitados temporalmente 272,870, é inhabitados 791,787.

Los edificios clasificados según sus pisos, se descomponen en 1,405,758 de uno; 1,681,660 de dos; 457,749 de tres y 86,632 de mas de tres.

Las poblaciones y grupos dan las sumas de 175 ciudades, 4,667 villas, 19,388 lugares, 24,969 aldeas, 48,003 caseríos y 12,291 grupos. Aisladamente se clasifican estas entidades en 161,194 casas, 98,908 albergues y 120,237 sitios.

Los edificios se clasifican, además, de la siguiente manera:

De un piso en poblado, 1,059,891 por 345,867 en despoblado.

De dos pisos en idem, 1,476,954 por 204,706 en idem.

De tres pisos en idem, 423,147 por 34,602 en idem.

De mas de tres pisos en idem, 85,411 por 1,241 en idem.

Análoga clasificación se hace respecto á su destino como vivienda, apareciendo 2,637,724 habitados constantemente en poblado, 214,340 en despoblado, quedando 719,787 edificios y albergues inhabitados.

* *

LA INDUSTRIA HULLERA EN INGLATERRA.

De la información llevada á cabo por la comisión encargada por la Cámara de los Comunes en Inglaterra, á propósito de la cuestión de los carbones, extractamos los siguientes datos:

La producción total de las minas de hulla en la Gran Bretaña durante el año 1872, ha sido 123,386,758 toneladas inglesas, que han sido extraídas por 393,344 obreros. Como término medio, tenemos que cada obrero representa una producción de 314 toneladas próximamente.

La producción en 1872 ha sido mayor que en 1871. Esta última dió una extracción de 117,186,278 toneladas, lo que representa 7,000,000 mas que en 1870. En este último año fué la producción solamente de 3,000,000 de toneladas mayor que en 1869. La exportación en 1872 ha sido de 13,200,000 toneladas, y en 1871 fué de 12,748,000.

La alza del precio de los carbones empezó hácia últimos de 1871, y llegó á su apogeo al principio de este año. El precio medio de seis clases de carbon en las minas de Mansion en el West-Yorkshire era, al pié de mina, en 1871, 5 chelines 8 peniques; en 1872, 9 chelines, 3 peniques; en 1873, 13 chelines, 1 penique. El precio en la mina Adelaida, de M. Pease, en el Durham, fué, en 1870, 7 chelines, 5 peniques; en 1872, 13 chelines, 6 peniques; en junio de 1873, 15 chelines. Estos han sido los precios de todas las clases de carbones.

En cuanto á los carbones domésticos de buena calidad, sus precios en Londres han sido: en 1870, 18 chelines, seis peniques; en 1871, 19 chelines, 3 peniques; en 1872, 24 chelines, 11 peniques; en 1873, 13 chelines; el mayor precio que se ha presentado, ha sido de 45 chelines.

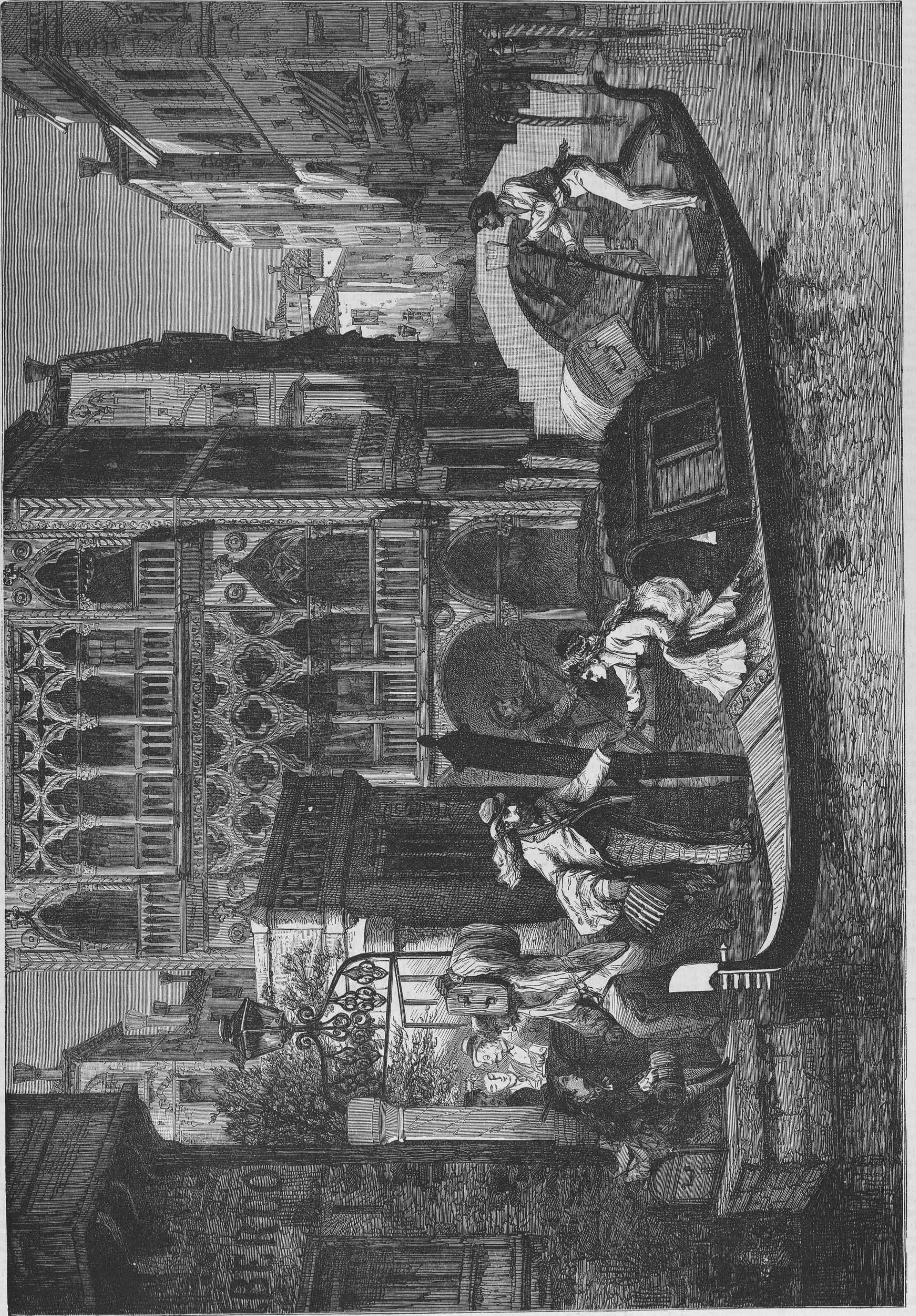
El precio mas subido del coke para la industria de la fundición, cargado en wagon en los hornos, en los Peases, West-Collieries, en el Durham, fué: en 1870, 12 chelines, 6 peniques; y en el presente año, 42 chelines, 6 peniques. Además, el carbon que en otro tiempo era absolutamente invendible, ahora ha sido objeto de un pedido muy animado de 7 chelines, 6 peniques, á 12 chelines, 6 peniques.

Los mineros exploradores de las hulleras de M. Pease, hechas deducciones de arrendamientos de su casa y suministro de carbones, ganan 2 libras por se-



CUADROS DE COSTUMBRES. — LA CUENTA DE LA COMIDA.

El comedor de los señores es un lugar de reunión y de conversación. Allí se reúnen los amigos y se habla de los asuntos del día. El comedor es un lugar de reunión y de conversación. Allí se reúnen los amigos y se habla de los asuntos del día. El comedor es un lugar de reunión y de conversación. Allí se reúnen los amigos y se habla de los asuntos del día.



VENEZIA MODERNA. — La llegada.

mana próximamente, y trabajan 243 días por año, á siete horas por día. En el Wigan, el de los picadores que mas ganan, llegan á 2 libras, 10 chelines por semana; el que menos gana, puede ser de una libra, teniendo en cuenta todas las retenciones, y aun es posible que no trabaje todo el tiempo. Los obreros del fondo reciben 3 chelines por día. M. Teenant, del West Yorkshire, afirma que en sus hulleras el trabajo medio para los hombres y los niños, es de 2 libras por semana.

*
* *

LA ACCION DE LA BELLADONA.

La *Gazetta Médica Italiana* ha publicado los experimentos y observaciones del doctor Sidney Ringer sobre la acción de la belladona y de su alcaloide la atropina contra algunos sudores patológicos, fisiológicos ó provocados.

De estos trabajos parece resultar que los citados agentes influyen de un modo rápido y evidente sobre las glándulas sudoríparas. La belladona en unturas, bajo la forma de linimento belladonado y la atropina en inyecciones subcutáneas y á dosis muy pequeñas (algunos céntimos de grano) moderan ó suprimen los sudores.

En los tísicos, por ejemplo, la inyección hipodérmica de un céntimo de grano de atropina practicado por la tarde suspende, según dicho autor, los sudores profusos, produciendo así la calma y un sueño reparador.

Este medio, verdaderamente inofensivo, merece ensayarse en grande escala, y si fuese tan eficaz como asegura el doctor Sidney, no habria inconveniente en practicar una inyección cada tarde, á pesar de la congestión de la cara y de la sequedad de la lengua que produce la absorción de la belladona y de la atropina.

En un caso de reumatismo agudo, el expresado alcaloide, bajo la forma indicada en el párrafo anterior, parece haber suspendido rápida y hasta momentáneamente los sudores copiosos. La piel se mantuvo seca durante dos horas, si bien despues apareció un sudor mas abundante.

*
* *

PAN FABRICADO CON AGUA DEL MAR.

En el Congreso de Burdeos ha llamado de nuevo la atención el doctor M. Lisle sobre la importancia del pan fabricado con el agua del mar.

M. Lisle refiere que la idea de hacer el pan con el agua del mar y aplicarlo á los enfermos linfáticos y escrofulosos, así como á los que han perdido el apetito y las fuerzas, le fué sugerida por el relato de un capitán de marina mercante, que le contó los episodios de su vida aventurera.

Encontrándose un día en medio de los mares de la India sin agua para fabricar el pan, se le ocurrió la idea de apelar al agua del mar. Contra sus cálculos, el pan salió aceptable á todos los que iban en la embarcación, que siguieron comiéndolo en toda la travesía, que duró dos meses, obteniendo resultados imprevistos.

Se habian restablecido algunos marineros fatigados y enfermos, gozando todos los demás de la salud mas completa al arribar á Marsella. Desde esta época el capitán no volvió á emplear otra agua para el pan de su tripulación, sin que tuviese un solo enfermo en doce expediciones, que duraron muchos meses.

El doctor Lisle juzga el empleo del agua del mar en la fabricacion del pan, por la ventajosa influencia que debe ejercer sobre la digestion y la nutrición, abrigando el convencimiento de que un pan de esta clase seria muy útil, especialmente en Paris, donde son tan comunes en todas las clases sociales la atonia de las funciones y la languidez del estómago.

Cuadros de costumbres.

LA CUENTA DE LA COMIDA.

Hé aquí tres glotonos reunidos en una de las fondas parisienses que estuvieron en moda á fines del último siglo. Acaban de comer copiosamente, y ahora saborean los licores. Desgraciadamente, en medio de ese placer hay una amargura. La criada presenta la cuenta, y espera á que comprueben la suma. La operación parece larga. Uno de aquellos señores examina con el lente cierto error de cifra que el otro le señala con el dedo. Y entre tanto, el tercero, verde todavía á pesar de sus canas, echa ojeadas interesantes á la muchacha.

Nuestro dibujo es la reproducción del cuadro en que M. E. Leroux ha pintado esta curiosa escena. Todo está estudiado perfectamente: fisonomía, trajes, muebles y accesorios. Las botellas relucen alegremente en el cesto, los cristales chispean sobre el mantel blanco como la nieve. Es, en suma, un bonito cuadro.

J. C.

La Venecia moderna.

El viajero que llega á Venecia por el ferro-carril, se ve agradablemente sorprendido ante el espectáculo que se extiende á derecha y á izquierda del estrecho sitio en que está situado el camino. Por todos los lados solo se distingue una inmensa laguna, y al ver á lo lejos las medias naranjas y las cúpulas de la antigua ciudad de los dux, se creeria atravesar un brazo de mar.

No causa menos admiración cuando al bajar de la estación se encuentra el viajero á la orilla de un ancho canal que baña los cimientos de las casas y de los palacios construidos con mármoles. En esta ciudad no existen coches ni estrepitosos omnibus, sino góndolas silenciosas que van y vienen, cruzándose sobre el canal, llevando unas viajeros y cargadas otras de equipajes de todas clases.

Aunque el extranjero no se haya atrevido jamás á confiar su familia á un ligero y frágil esquife, entonces se ve precisado á ceder, y despues de trascurridos algunos momentos de duda y quizá de gritos de espanto, la pareja se ve, con gran admiración suya, bien sentada é instalada sobre cómodos almohadones, mientras que la ligera embarcación se desliza en medio del mayor silencio sobre la superficie de las aguas, dejando detrás de ella en su rápido curso las orillas del Gran Canal cubiertas de ricos y suntuosos palacios.

Antes el gondolero atravesaba pequeños canales que son las calles de Venecia; entonces la decoración cambia completamente, porque en lugar de los grandes horizontes y de la espléndida y extraña arquitectura oriental que se descubre, solo se ven casas negras y ventanas al través de las cuales se descubre la suciedad de sus habitantes, marchando siempre en medio de una atmósfera húmeda y enmohecida; pero al revolver una de estas calles, el ligero esquife se aparece delante del embarcadero de algun suntuoso palacio, y cuando los mozos os bajan vuestros equipajes, estais tentados de decir al portero:

— Pagad el coche.

X.

Trompeta.

RECUERDOS DE GIBRALTAR,

POR UN OFICIAL DEL EJÉRCITO INGLÉS.

I.

Durante mi residencia en Gibraltar, en donde formaba parte del estado mayor de esta plaza, tuve el honor de estar, hasta cierto punto, á las órdenes de tres bellas damas, así como lo estaba al servicio de Su Majestad, mi graciosa soberana.

Mi hermana habia contraído matrimonio con un Vallance, y un cuñado de aquella, Bertie Vallance, desempeñó en Gibraltar un destino civil antes que yo ejerciera ningun cargo militar; pero habiendo sido acometido de una grave enfermedad, se vió obligado á regresar á Inglaterra, en donde falleció en medio de los mas crueles padecimientos.

Un año habia transcurrido desde que tuvo lugar este desgraciado acontecimiento, cuando supe por mi hermana que Mrs. Bertie Vallance deseaba pasar el invierno en Gibraltar, porque los médicos temian que los rigores del clima inglés pusieran en peligro los días de su hija Kate, cuya salud se hallaba muy quebrantada. Recordando entonces la viuda los días felices que habia pasado en Gibraltar, y los muchos amigos que habia dejado, resolvió volver á este sitio, en donde el aire natal podia influir en la salud de su hija. En su consecuencia, recibí el encargo de buscar inmediatamente una habitación para esta interesante familia que se veia privada de su jefe, y de la que yo me veia constituido, por decirlo así, en protector.

« ¿Quién sabe, me escribia mi hermana, si no te seducirá Mrs. Bertie, que aun conserva sus antiguos atractivos, ó te verás hechizado por Amy, que está seguramente encantadora? »

Este párrafo me hizo sonreír, porque hacia algun tiempo que me creia habituado al fuego. No obstante, el día de la llegada de las viajeras me vestí no sin un cierto temor, reminiscencia sin duda de los pronósticos de mi hermana, á fin de dirigirme al puerto en donde debia atracar el buque que las conducia.

Era un día sombrío de otoño; y como no se sentia el menor viento del lado del Este, hacia creer que el desembarco de las viajeras seria muy feliz, pues aunque los rayos del sol eran demasiado ardientes para la estación en que nos encontrábamos, y hacian temer la lluvia, creí, sin embargo, que no se realizaria antes que mis protegidas pudieran guarecerse en su nueva habitación.

Mientras subia al buque, me puse á reflexionar cómo debia presentarme á las viajeras: ya mi imagina-

ción empezó á formular dos ó tres hipótesis con motivo de este encuentro. Ignoro si la aguda insinuación de mi hermana fué la causa de mi ansiedad. Lo que sí puedo asegurar es que el celo que hube desplegado y que fué coronado con un éxito tan feliz, me dió valor bastante para esperar con calma la llegada de las viajeras.

En efecto, la habitación era elegante y cómoda, dos mujeres inglesas habia elegido para su servicio, y por consiguiente, no era preciso que se esforzaran en domesticar á los « escorpiones » de aquella « roca »: estos eran los títulos que podia presentar á la benevolencia de mis compatriotas.

Como generalmente sucede, los acontecimientos que despues sobrevinieron no se realizaron según el programa que me habia forjado en mi cerebro. Al aproximarme no distinguí á ningun grupo de señoras inclinadas sobre el costado del buque, esperando con impaciencia mi llegada, como convenia á una persona de mi categoría. Tampoco me presenté en el puente, precedido de un oficial del buque, para presentarles mis respetos y ofrecerles mis servicios; y menos fui conducido al salon para buscar á mis desconocidas en medio de los viajeros que se asustan del tumulto que se forma en los primeros momentos del desembarco. Lo que ocurrió fué que cuando me informé si habian llegado Mrs. Vallance y sus hijas, el comisario del buque dispuso que una de las criadas fuera en su busca, dejándome entre tanto la facultad de emplear el tiempo como fuera de mi agrado; no era esto, seguramente, lo que entonces me atormentaba. En aquel momento habia sobre cubierta varios oficiales de la guarnición, que llegaron al mismo tiempo que yo con el objeto de reclamar un caballo que obtuvo una gran celebridad en las corridas, y que fué expedido desde Londres á uno de ellos. Ya me disponia á aceptar la invitación que me habian hecho, de ir á ver el ilustre cuadrúpedo, cuando oí cerca de mí una voz que pronunciaba mi nombre; me volví, y vi á una jóven vestida de luto, que sin otros preliminares, me dijo con vivacidad:

— Mi madre ruega á Vd. la dispense si no se presenta á recibirle, pero hemos tenido en el camarote un verdadero alboroto con motivo de haber desaparecido varios cepillos de cabeza y otros objetos. Seguramente, en el buque se encuentran algunas personas que han debido aprovechar esta ocasión para proveer sus neceseres de diversos objetos de tocador.

Durante este breve discurso, tuve tiempo de repormerme y examinar con mucha atención á la que lo recitó. Esta solo llevaba en la cabeza un pequeño sombrero sin velo, de modo que pude mirar con toda comodidad el conjunto de su rostro. Todos los rasgos de su fisonomía justificaban completamente las palabras de mi hermana al calificarla de « encantadora, » y hasta sus maneras distinguidas y la dulzura de su voz daban mayor realce á su hermosura. Un grupo de oficiales se hallaba tambien conforme con mi opinion, pues detrás de mí oí dos ó tres exclamaciones proferidas á media voz, y que no me dejaron duda sobre la impresion producida por esta encantadora aparición. En cuanto á mí, puedo asegurar que la primera impresion que recibí fué de admiración: solo mas tarde pude apreciar la fascinación que ejercia la seductora Amy sobre todos los que la rodeaban.

Apenas me hube repuesto de mi sorpresa, ofrecí mis servicios para ir en busca de los objetos de que se trataba; pero la jóven me contestó que el capitán tuvo noticia de esta sustracción y habia dispuesto que se hicieran en el buque las mas activas pesquisas, sin que hasta entonces hubieran dado ningun resultado.

En este momento se acercó otra jóven, y tomando la mano de mi interlocutora, dijo mirándome al mismo tiempo con una sencillez que revelaba su natural candidez:

— Amy, es el coronel, ¿no es verdad?

— Sí, la contesté, es el coronel, y vos sois sin duda miss Kate Vallance; ¿nadie creeria que estais enferma!

Por estas palabras se comprenderá que ya habia recobrado yo mi calma habitual; pero entonces observé que mis palabras habian alterado la de miss Kate, porque se sonrojó. Felizmente, los objetos de tocador que fueron sustraídos, vinieron á su socorro.

— A propósito, añadió la jóven volviendo su rostro hácia su hermana; Amy, mi madre ha encontrado por fin tu cepillo favorito; y lo que es mas extraño, estaba en el gabinete en donde hace una hora lo habian buscado inútilmente.

Kate representaba solo quince años; tenia hermosos ojos, y era tambien una jóven bonita, aunque eclipsada por su hermana.

Como habian empezado á trasladar los equipajes á tierra, supuse que muy en breve haria su aparición Mrs. Vallance. Así fué, en efecto; y despues de haber hecho acercar una barca, en donde se instalaron como pudieron los equipajes y las viajeras, nos dirigimos á la orilla.

La viuda era una señora de modales distinguidos, y su semblante revelaba inteligencia. Como conservaba íntimas relaciones con muchas personas á quienes yo conocia, comprendí que no nos faltaria ocasión de hablar largamente, porque en aquel momento estaba demasiado preocupada en reconocer los sitios que veia despues de tan larga ausencia: la ciudadela y la admirable vista que presentaba la bahía, etc., todo lo iba indicando á sus hijas, particularmente á la mas jóven, que no conservaba la menor idea de

ellos, por haber abandonado á Gibraltar cuando era todavía una niña. Al oírlas se comprendía fácilmente que su madre les había hablado con frecuencia de la vieja fortaleza y de sus alrededores, pues sus hijas lo conocían todo por sus nombres, como por los hechos mas notables que tan célebre hicieron este peñón. En una palabra, las viajeras estaban animadas y parecía que no ocultaban ni sus mas pequeñas impresiones. Entre tanto, me fué fácil examinar con la mayor detención á Mrs. Vallance; era una verdadera matrona, de un carácter dulce y agradable y dotada de esa robustez que acompaña generalmente á las mujeres en su segunda juventud, y que no pocas veces seduce mas que la primera.

Kate se parecía mas bien á su madre. En cuanto á su hermana, no recuerdo haber visto jamás una criatura mas encantadora. Kate y su madre tenían los cabellos negros, y los de Amy eran rubios y producían un efecto admirable á la vista, aun en los dias nublados, en que los rayos del sol no podían transformarlos en hilillos de oro. El cútis despedía un brillo particular que no se observaba en las demás jóvenes, y el color encarnado que cubría sus mejillas producía un conjunto admirable. En fin, era una de esas criaturas privilegiadas en que la naturaleza parece que quiere acumular sobre ellas todos sus encantos. Era, pues, seguro que debía causar una agradable impresión en la colonia militar.

El largo tiempo que permanecimos á bordo del vapor, á causa del extravío de los objetos de tocador, impidió que llegáramos sin contratiempo á la casa de Mrs. Vallance, pues durante el corto trayecto que la barca tuvo que recorrer hasta llegar á la orilla, sobrevino la lluvia, que se transformó despues en una verdadera borrasca. Aunque con la debida anticipación habia alquilado un carro para trasportar los equipajes, y mi criado tenia orden de esperarnos en el muelle para hacer avanzar un coche de los que habia en la parada próxima, desgraciadamente el chubasco obligó á muchos á apoderarse de los vehículos; además me encontré que el equipaje era mucho mayor que lo que yo habia previsto.

Aunque entonces comprendí la ansiedad que se habia apoderado de la madre y de la hermana por el estado delicado en que se hallaba Kate, no pude encontrar, bien á pesar mio, medio alguno de salir de esta desagradable situación.

Al llegar nosotros al muelle, la barca de los oficiales que habia encontrado en el buque se acercaba también á la orilla. Boycott Warleigh, ó Bon Warleigh, como entonces se le llamaba, advirtiendo nuestro apuro, hizo una seña á tres artilleros que se hallaban por allí, y en un instante nuestro equipaje fué trasladado al carruaje. Antes que esta operacion quedara terminada, la joven enferma estaba ya al abrigo de la lluvia. El capitán Pemberton, también de artillería, que regresaba de Inglaterra, me ofreció un sitio para una de mis viajeras al lado de su mujer, que habia ido á esperarle en su cupé. Kate salió entonces agarrada del brazo del capitán; pero como en aquel momento la suerte nos favoreció con el carruaje que con tanta impaciencia esperábamos, Boy Warleigh ofreció su brazo á Amy, y yo seguí acompañando á Mrs. Vallance.

— ¡Qué suerte tiene el bueno de Boy, me decía á mí mismo, de acompañar á esa joven tan bella!

Como íbamos detrás de Amy, tuve la suerte de distinguir un pie, y hasta un poco mas, pudiendo asegurar que todo era digno de tan admirable criatura. El carruaje, pues, partió con las dos señoras, las doncellas y las maletas, porque no creí prudente acompañarlas en un vehículo que no era bastante grande para que yo me introdujera en él. Así fué que subí al *dog-cart* de Boy Warleigh, que habia ido á buscar al joven oficial.

— A tiempo habeis llegado para sacarnos de nuestra triste situación, dije al joven oficial.

— Es verdad, me respondió, y os confieso que nada he perdido en prestaros ese pequeño servicio. Deseaba asistir al desembarco de Trompeta, el caballo de que ya teneis noticia. Mrs. Pemberton ha venido también con igual objeto, pues ya sabeis que no se hubiera molestado en venir á buscar á su marido. El caso es que Pemberton no ha querido desembarcar el caballo hasta no haber recogido el material de artillería que acaba de llegar de Inglaterra. Ya veis qué sinnúmero de circunstancias han concurrido á la salvación de vuestras bellas damas. Pero ¿sabeis, coronel?...

— ¿Qué? le pregunté.

— ¿No os parece que no es cosa de todos los dias ver una criatura tan encantadora como la mayor de las dos jóvenes?

— Seguramente que no.

— ¡Oh! ¡no le faltarán admiradores!

— Sin embargo, como están de luto riguroso, y la salud de la mas joven exige los mayores cuidados, creo que harán una vida muy retirada.

— ¡Diablo! ¡Eso equivaldría á sufrir el suplicio de Tántalo! ¿Supongo, no obstante, que uno se podrá presentar en su casa?

— Creo que estas palabras no deben aplicarse mas que á una sola persona, que es Boy Warleigh. Como está ya en relación con estas señoras, creo que en rigor podría presentarse en su casa.

— Entonces, no creo que trate de renunciar á..... y puesto que ya estamos á la puerta, pues creo que esta es su casa; me vuelvo en busca de Trompeta.

La familia se mostró satisfecha de la casa que le habia elegido y de su situación, así como del mobiliario y de los compromisos que en su nombre habia contraído. Despues de su llegada empezó á calcular á cuánto ascenderían el alquiler de la casa, los salarios de las criadas y demás gastos accesorios, expresando repetidas veces cierto temor que estos gastos no excediesen de los recursos con que contaba.

— Hubiera podido aceptar, añadió, los repetidos ofrecimientos que muchos de mis amigos me han hecho para que fuese á su casa, y dedicarme despues con todo descanso á buscar una habitación; pero en este caso, me hubiera visto obligada á vivir en medio de esa agitación que no me conviene en mi estado de viudez. Esta razón me obligó á recurrir á vuestra amabilidad, rogándoos que me buscáseis una habitación. No quiero indicar por esto que trato de tener encerradas á mis hijas, sino que desco, por el momento, hacer una vida algo retraída. Además, es preciso que vaya estudiando la población, para ver cómo podré vivir con los recursos que poseo, pues hoy no son los mismos que cuando existía mi marido; y ante todo, debo consagrarme á la salud de Kate, que ha sido el objeto principal de mi viaje.

Como no creí prudente prolongar por mas tiempo mi visita, rogué á mis nuevas amigas que me dieran su permiso para retirarme, á fin de dejarlas instalarse en su nuevo domicilio.

II.

Algunos dias despues tuve el gusto de saber que la soledad en que la viuda trataba de vivir no seria de larga duración, porque hubiera sido una injusticia privar á la sociedad de la simpática Amy. También Mrs. Vallance era demasiado amable para que se creyera con derecho, en mi concepto, de alejarse de un mundo tan reducido como el de Gibraltar. Además, el temor que habia concebido respecto á sus gastos, me sorprendió, porque mi hermana al trasmitirme las instrucciones necesarias para que le proporcionara una habitación, nada me habia dicho que me hiciera comprender que su cuñada se veía en la necesidad de observar cierta economía.

Para salir de esta duda me decidí á escribir á mi hermana.

Como los antiguos amigos de la familia tuvieron noticia de que esta no deseaba extender el círculo de sus relaciones, tal restriccion excluyó casi por completo el elemento militar. Así fué que Boy Warleigh y yo fuimos los únicos oficiales admitidos en casa de las tres damas durante su residencia en Gibraltar. Cuando Mrs. Pemberton supo que deseaba hacer una vida retirada, se abstuvo de repetir sus visitas. Como esta señora representa un papel importante en mi historia, no creo de mas hacer su retrato.

Mrs. Pemberton era una de esas mujeres que no buscan la sociedad de las damas, y que solo están satisfechas cuando se ven rodeadas de hombres; todos sus gustos eran impropios de su sexo. Así que continuamente sus acciones hubieran sido fatales á la reputación de cualquiera mujer, pero su misma vivacidad, y esa especie de aturdimiento con que procedía en todas sus excentricidades, habian acabado por conquistarle, si no esa consideración que debe adquirir una señora, una tolerancia á que ella parecia acomodarse perfectamente.

En efecto, Mrs. Pemberton no se veía excluida de una buena sociedad, pero en lugar de buscar el trato de las señoras, parecia que se hallaba mas complacida si se veía rodeada de caballeros, hablando de partidas de caza, de caballos, de apuestas, etc. Respecto á sus costumbres, no se le achacaba ninguna debilidad; y si tuvo alguna, supo ocultarla en medio de sus muchas excentricidades.

Si á Laura Pemberton no se le conocía precisamente un adorador, habia, sin embargo, entre los jóvenes que la rodeaban uno mas solícito y servicial que los demás. La preferencia con que era distinguido este feliz mortal no era, seguramente, una prebenda, pues consistía en acompañar á la bella amazona en sus paseos á caballo ó en *dog-cart*, ejecutar las comisiones que le encargaba, curar á los caballos y á los perros, etc., etc. Esto duraba generalmente hasta que el adorador cambiaba de residencia, ya á instancias suyas ó ya por orden superior. El público citaba dos ó tres que, agobiados de tan pesada tarea, se habian apresurado á presentar su dimisión.

Creemos inútil decir que el marido de esta traviesa esposa, Carlos Pemberton, carecía de autoridad en el hogar doméstico. Solo se observaba en el matrimonio conformidad de ideas al tratarse de algun negocio como el desembarco de Trompeta. Era, pues, de creer que Carlos no estaba satisfecho de la conducta de su mujer, sino resignado. No pocas veces la hallaba en el barrio habitado por militares ó en las cuerdas, sin experimentar la menor sorpresa, escuchando con cierta resignación cuando le refería sus aventuras, y permitiéndose de vez en cuando hacerle alguna observación; pero nunca se mostró bastante enérgico para dirigir el carro conyugal; y cuando el pobre capitán dejaba estallar su cólera, mostrando el disgusto que le causaba semejante conducta, guardaba despues cama, manifestando á todos su deseo de salir de este mundo. Entonces Mrs. Pemberton le mimaba, sin perjuicio de ir despues á referírsele al adorador en ejercicio, ó de decir á todos sus amigos la causa de la

querrela, á fin de que todos juzgaran cuán injusto era su marido. Despues de una crisis mas ó menos larga, se calmaba la tormenta y Carlos se levantaba de su lecho, sin que su mujer cambiara por esto de conducta.

No hacia mucho tiempo que Carlos habia sufrido uno de estos accesos. Una tarde Mrs. Pemberton salió de la ciudad con un teniente llamado Billy Bustard, con el objeto de recorrer á caballo las orillas del mar. En medio de su paseo por la playa, los dos jinetes dejaron pasar la hora reglamentaria, y cuando se presentaron á la puerta la encontraron cerrada, segun acontece en todas las plazas fortificadas. Solo al dia siguiente, al amanecer, pudieron penetrar en la población. Segun aseguraron varios testigos que creemos irrecusables, las cosas se pasaron de una manera conveniente, porque Mrs. Pemberton habia pasado la noche en casa de la mujer de un sargento que vivía cerca de la puerta del Norte, mientras que Billy Bustard habia pedido hospitalidad para él y los dos caballos á un capitán que residía en extramuros. Sin embargo, Carlos, no pudiendo en esta ocasión tragar la píldora, rehusó tomar alimento, jurando que iba á dejarse morir de hambre. Todos los oficiales de la guarnición le visitaron, tratando de consolarle, al mismo tiempo que se esforzaban por disculpar el proceder de Mrs. Pemberton. Por fin, el capitán se dejó persuadir, y despues de vestirse y de almorzar con el mayor apetito, se le vió aquel dia con su mujer en la Alameda, en donde la banda militar daba su concierto semanal. Pocos dias despues tuvo lugar la llegada de Trompeta que tan preocupado tenia al matrimonio.

Por esta sencilla razón se comprenderá fácilmente que la familia Vallance no perdía nada con que Mistress Pemberton dejara de visitar su casa.

Por lo que á mí toca, debo declarar que me juzgaba feliz cuando me hallaba en medio de mis nuevas amigas. Jamás creí que hubiera una persona capaz de hacerme cambiar mis antiguas costumbres, ni que me hiciera recorrer todos los dias media legua para ir á una casa en donde no habia mas sociedad que la de estas tres damas. Nuestra conversacion se reducía á hablar de la crónica de la guarnición, de las reuniones que daba el gobernador, y de otros mil incidentes que ocurrían en la población. Mrs. Vallance me entretenía con esa conversacion interesante y amena que le era tan habitual, refiriéndome anécdotas de personas que aun vivían en el país, y que yo conocía ó habia oído hablar de ellas. Las jóvenes tocaban el piano ó me enseñaban sus dibujos. Desde los primeros dias Amy demostró que poseía una magnífica voz. Además, descubrí que en vida de su padre habia montado á caballo. Comodo dudo que haya un sitio mas agradable que Gibraltar para dedicarse á la equitación, hubiera deseado que la joven siguiera sus ejercicios, á los que tan aficionada se mostraba; pero apenas se trató de realizar estos paseos, la madre se opuso, alegando los gastos que acarrearían, y añadió que sus hijas debían renunciar á costumbres tan costosas, al menos hasta que se viera si sus gastos le permitían este nuevo desembolso. En vista de esta contestación, creí que no debía insistir, sintiendo, empero, tal rigor, porque hubiera estado encantadora con su traje de amazona.

El teniente Boycott Warleigh no tardó en presentarse en casa de Mrs. Vallance, solicitando el honor de ser recibido. No solo se accedió á su deseo sin dificultad, sino que la acogida que se le hizo correspondió á la galantería que él desplegó el dia de la llegada de las tres damas. En aquel momento se creyó observar que las mejillas de Amy se tiñeron ligeramente de púrpura, lo cual no se le escapó al bueno de Boy, como mas adelante me confesó. Esta favorable acogida le animó á pedir la competente autorización para volver á saludarlas, la cual le fué otorgada en el acto.

(Se continuará).

Costumbres de los árabes.

LA HOSPITALIDAD BAJO UNA TIENDA DE CAMPAÑA.

Cuando se viaja por el interior de la Argelia, lo que mas sorprende es la soledad que se observa por todas partes. El desierto le encontráis por cualquier punto que camineis, y mas particularmente en el país cultivado conocido con el nombre de *Tell*, y considerado el mas poblado de las regiones saharianas, es decir, en el desierto propiamente dicho. No pocas veces invertís un dia caminando con la mayor lentitud al través de los lentiscos, de los asfodelos y de los cardos, sin que la vista del europeo, habituado á encontrar en su camino escenas de vida, pueda descansar sobre una huella humana. Sin embargo, algunas veces se apercebe en el suelo, gracias á la gran transparencia de la atmósfera, algunas manchas negras que se creeria ser montones de estiércol, si no se supiera que los árabes no reconocen otro abono que la incineración de la tierra por medio de la combustión de espesos arbustos, que crecen espontáneamente.

Estas supuestas manchas son tiendas de campaña, y solo la práctica os permitirá distinguir un *douar* en este conjunto de placas negras, semejantes á esas excreciones con que el ganado vacuno cubre los prados.

Ya creo oír á los amantes de la poesía censurar esta desconsoladora comparación. Permitásemme, no obstante, imitar aquí el método seguido por uno de los mas distinguidos viajeros al describir la Italia: « Los señores viajeros, decía, pocas veces dejan el tono enfático al describir lo que han visto, aun de las cosas mas superficiales. Así que, á la vez que exaltan las miserias humanas, omiten todo lo mas curioso; de modo que el pobre lector, que solo cree descubrir flores y rosas en el viaje que va á descubrir, se encuentra precisamente en el caso de un hombre que se hubiera enamorado de una mujer tuerta, por haber visto su retrato de perfil. »

Imitando, pues, á este célebre viajero, debo consignar que si en esta excursión encontrase miserias, se las diré francamente al lector, y no creo que me vea privado de su amistad por no haber encontrado la menor flor que describir.

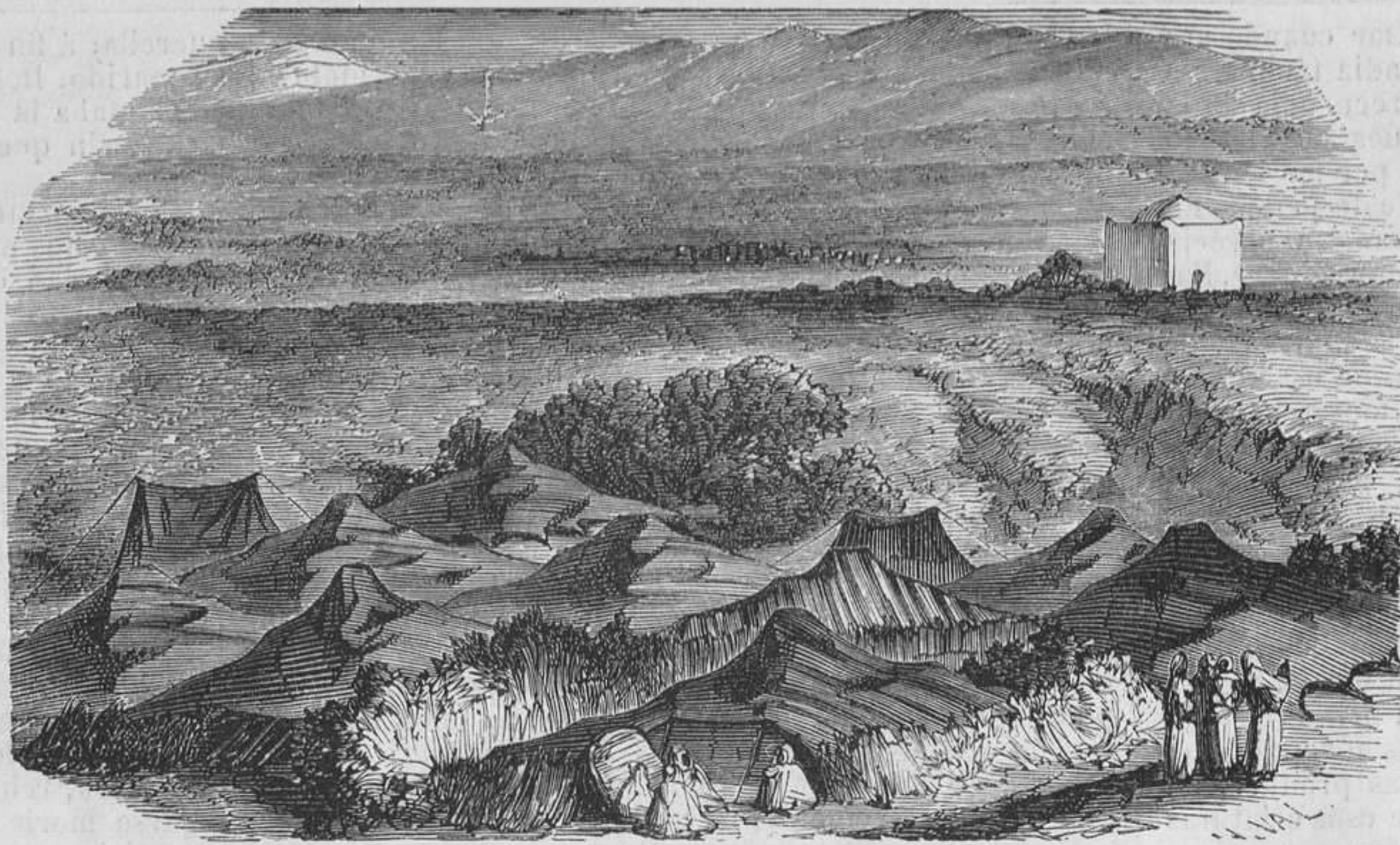
Por poco halagüena que desde lejos tenga la vista de un campamento árabe, á medida que el viajero se acerca á él no puede menos de experimentar cierta alegría al ver terminada su penosa jornada hecha al través de vallados y montes, que, por su configuración tan poco pintoresca, pocas veces compensa lo bastante las fatigas del viaje.

El *douar* en la Argelia es la posada ennegrecida por el humo, en donde el viajero recibe la hospitalidad al descender de la pesada diligencia, ó despues de haber terminado su viaje á pié, cubierto de polvo y rendido de fatiga.

Para terminar con esta designacion y evitar toda interpretación, diremos que el *douar* de los árabes se asemeja á nuestras aldeas ó á una comuna rural. Esta comuna, es la *dacherah* ó reunion de douars; y á la vez que los *dacherahs* forman la *tribu*, por su población y el perimetro que ocupa equivale entre nosotros al canton.

Los *kaidats* se asemejan á nuestros barrios, que, reunidos bajo el mando de un comandante superior, que es un funcionario á la vez civil y militar, constituye el departamento. No creo que deba molestar á mis lectores acerca de esta division territorial, por la gran analogía que guarda con la de los demás países.

Si todos los viajeros están contestes en consignar la virtud hospitalaria que posee el árabe, debe, no obstante, declararse que existe otra clase de hospitalidad entre los hijos de Ismael. Es, pues, una equivocación creer encontrar bajo la fe de la tradición una raza de posaderos nacidos y consagrados por principio á acoger en su casa á todo aquel que venga á pedirle un abrigo. Aunque prescinda de aquellos que despojan á sus huéspedes de todo lo que poseen, des-



ESCENAS DE COSTUMBRES ÁRABES. — Aspecto exterior de un *douar*.

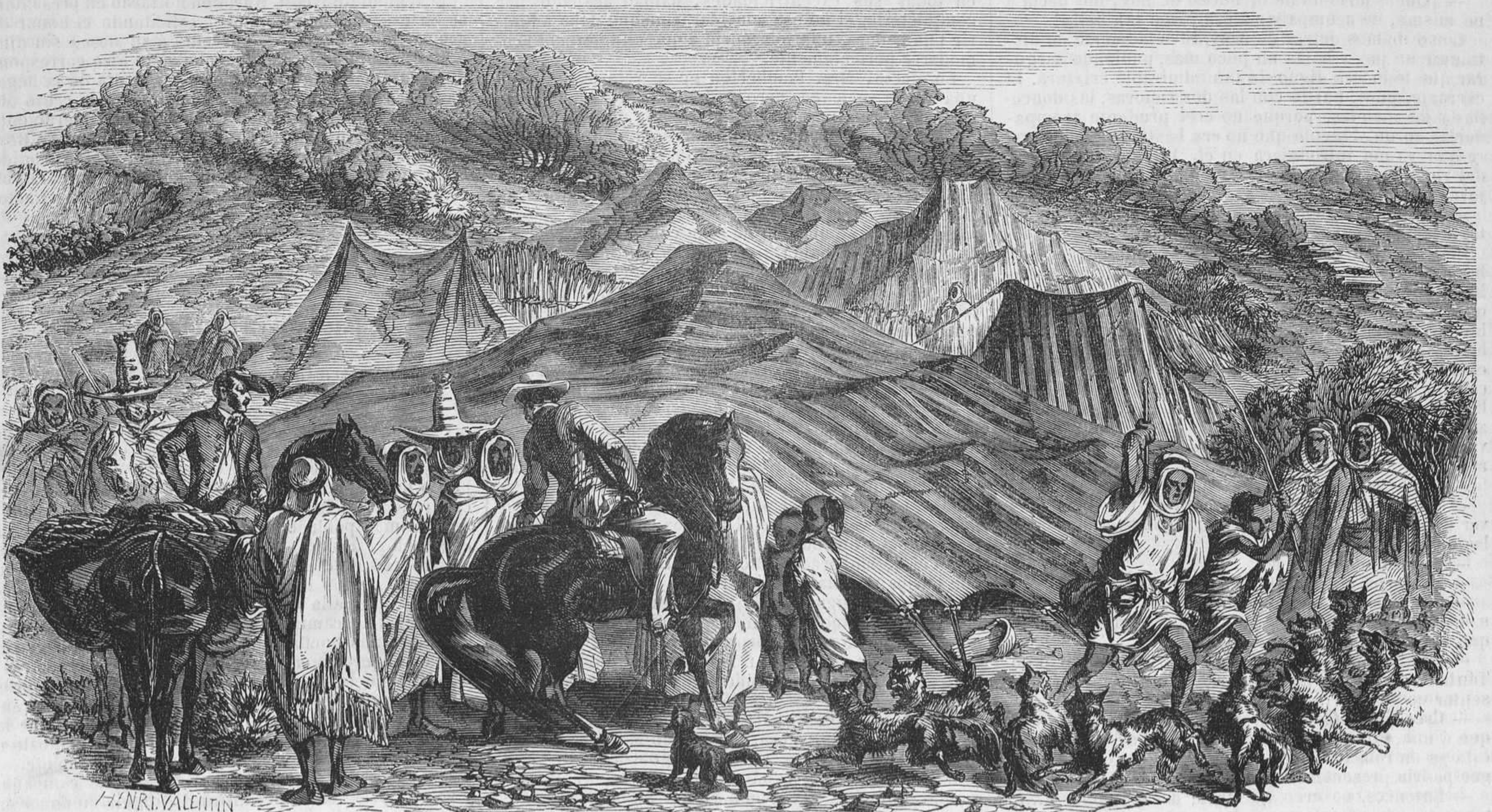


Muchachos árabes.

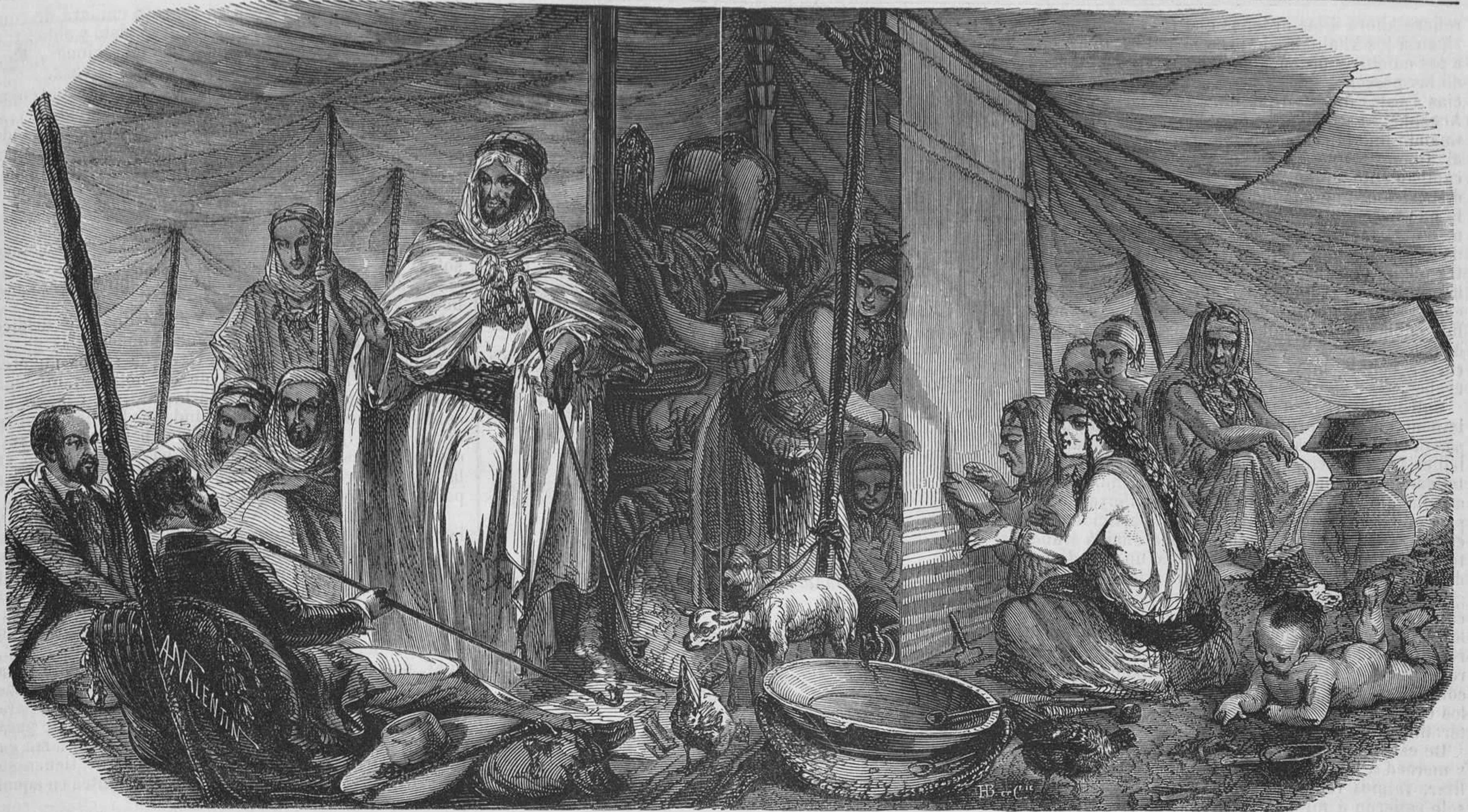
pues que abandonan los sitios en que se ejerce esta santa virtud, no debe olvidarse tampoco que por cualquiera parte por donde vayais siempre encontrareis bandidos. No creais (que el musulman practica esta clase de hospitalidad en sus relaciones con el cristianismo, sino que tambien la ejerce con los árabes, como se prueba en las Memorias publicadas por M. Prax acerca del interior de la Argelia. En estos documentos se refiere que un musulman que caminaba á pié y debia partir del litoral y llegar á la frontera del desierto, á fin de evacuar una comision, sin mas protección que la miseria que estaba retratada en su semblante y en su traje, se vió obligado á entrar en una tienda, en donde le ofrecieron el kouskous. El regalo era detestable, y sin embargo, al ver el dueño de la tienda de campaña que el musulman tenia un turbante muy blanco, le indicó que haria bien en dárselo

para hacer con él una camisa á su hijo. Entonces el viajero, previendo que despues del turbante le exigiria el pantalon, el burnou, y aun podria considerarse feliz si no le reclamaba el cinturon y las babuchas, pretextó que tenia necesidad de salir un momento, para huir en medio de la oscuridad, á riesgo de ser devorado por los perros que recorren el pais, que son mas temibles que las hienas. Es indudable que por virtuoso que sea un árabe, se veria con gusto libre de las incomodidades y de los gastos que le ocasionan en su modesto albergue las visitas harto frecuentes de los viajeros; y si hubiese alguno cuyo carácter y costumbres fueran tan pacíficas que os recibiese con cordialidad, debeis agradecerlo, si tenéis presente su frugalidad habitual y la influencia que su mujer ejerce sobre él, y que tan opuesta es á dar hospitalidad á los extranjeros.

A pesar de los progresos que se han realizado en la Argelia respecto á la seguridad pública, seria una temeridad recorrerla completamente solo. Así que, los desgraciados douars colocados en las grandes líneas, tienen la desagradable sorpresa de ver con demasiada frecuencia un grupo de caballeros bastante respetable que es preciso alojar, cuidar y dar de comer. La sonrisa forzada que aparece entonces sobre los labios del árabe, y su aire, que revela su inquietud, forma un singular contraste, y prueba hasta qué punto le ha encantado la aventura. Sin embargo, pasados los primeros momentos de sorpresa, se resignan, como verdaderos fatalistas, á la voluntad del Altísimo, que parece en este dia, así como en los muchos que han precedido y han de suceder, ha de hacerles roer los huesos por los impertinentes viajeros. En estos momentos la mas bonita tienda se ve desocupada en muy poco tiempo y puesta á la disposición de los



Entrada de una tienda.



ESCENAS DE COSTUMBRES ÁRABES. — Interior de una tienda.

extranjeros. Algunas veces, cuando estos tienen víveres, se apresuran á rehusar los que los árabes les ofrecen; pero de lo contrario, el ama de la casa se instala en la cocina; dos horas despues (que es el tiempo que necesitan para la confeccion del kouskous) los viajeros se ven agradablemente sorprendidos al ver aparecer el festin, servido en una copa de madera de forma antigua. Mas adelante omitiremos nuestra opinion acerca de esta comida.

Esta hospitalidad no debe considerarse la peor, aunque expuesta á las variaciones que trae consigo el lugar, la hora y las circunstancias, y que no pocas veces es dada por pobres labradores; pero por miserables que sean, no consienten jamás que el extranjero les indemnice de sus gastos; y cualquiera que sea la retribucion que se les ofrezca, es una grave ofensa que se les infiere. El decoro y la dignidad del árabe no consienten que el anfitrión tome parte en el festin que ha preparado, porque su deber le impone servir al huésped, animarle á comer y aun velar por su seguridad, por elevada que sea su categoria ó por rico que sea, procurando además que bajo su techo encuentre toda la abundancia y las comodidades que son compatibles con la categoria del hombre que recibe y los recursos del dueño de la casa.

Si alguna vez el árabe se sienta cerca de su huésped despues de comer, es porque ha sido invitado diferentes veces. Como en Africa no se viaja sin llevar la cafetera y el café, que es el elemento mas indispensable de toda buena higiene, desde el momento que es aceptado, la taza y un cigarro vienen á constituir un lazo de sociabilidad que une en los postres entre los huéspedes y el anfitrión. Los cigarros y el café son aceptados entre los árabes con la misma franqueza que se observa en los demás países; y hasta entre los grandes personajes la divina haba es el complemento obligado de un festin. Así que, el ofrecimiento del café y los cigarros hace olvidar muy pronto al jefe de la casa las incomodidades y los gastos que le ha causado una visita tan poco deseada como inesperada. La menor frusleria, un pedazo de azúcar, una golosina cualquiera que deis á los niños de la casa, acaba de ponerlos alegres. Si á estos regalos unis una baratija para la señora, que seguramente no habreis visto sino al



Mujer hilando raices de palmera.

oslayo, habreis conseguido que el jefe de la familia recobre su buen humor, y tendreis al mismo tiempo la satisfaccion de ver al montar á caballo la cordialidad con que os tiende la mano, sin que le quede nada de la mala impresion que le produjo vuestra inesperada llegada.

No pocas veces he recibido en Africa esta clase de hospitalidad, y casi siempre he tenido la misma acogida, y en algunas ocasiones he sido recibido con solicitud, á pesar de que mi traje, desprovisto de insignias militares (que es lo único que impone respeto á los árabes), y mi escolta, que se reducía á dos gendarmes indigenas, no revelaban que fuera yo un personaje de gran categoria. Aun recuerdo los gritos de desesperacion que una mañana promovió nuestra inusitada presencia en un pequeño douar del Hodua; pero debo advertir que éramos muchos, porque antes de llegar se nos unieron muchos oficiales con sus respectivas escoltas. De modo que las gentes, que se creian ya devoradas por tantos viajeros, nos recibieron como si fuéramos una nube de langostas. Para conseguir que nos dieran las tiendas que nos hacian falta, fué preciso que nos irritáramos; pero felizmente iban entre nosotros varios burnous rojos que no entendian de chanzas; así que, las desgraciadas mujeres se apresuraron á sacar todos los utensilios de la tienda, y al entregarnos el asilo temporal que habiamos escogido, lo hicieron en medio de los lamentos mas desgarradores. A pesar de que los hombres tienen un humor menos taciturno, no estaban por esto mas alegres. Aquí debo consignar que su disgusto partía de una equivocacion que nos apresuramos á rectificar. Así que, cuando apercibieron nuestras alforjas llenas de provisiones, su desesperacion cesó como por encanto. Como compensacion, jamás olvidaré la atencion y la abnegacion con que un dia fuimos acogidos en medio de los horribles desiertos que forman los limites del Sahara y del Tell, en casa de un pobre emigrado, que viéndonos llegar desde lejos y antes de que tuviéramos tiempo de expresar nuestro deseo, nos abandonó la única tienda que tenia para su familia, acampando en otro punto bajo un sol abrasador, hasta que quisimos retirarnos.

Al hablar ahora de la hospitalidad oficial, me



Preparativos de cocina y molienda de trigo.

refiero ahora á las órdenes que las *oficinas árabes* dirigen á los khalifas, kaidas y scheikhs, que equivalen á los edictos y órdenes que el sultan expide en favor de las personas que honran con su proteccion. Gracias á estas órdenes que libra la autoridad militar en Argelia, se consigue una magnífica hospitalidad. Cuando un viajero es portador de una orden y llega al albergue que ha elegido, la presenta al jefe del campamento árabe. Inmediatamente pone á vuestra disposicion, aun cuando sea contra su voluntad, todo lo que necesiteis de víveres kouskous, huevos, gallinas, etc., incluso el pienso para el caballo, una tienda de campaña, esteras, etc. La creacion de estas oficinas árabes, que tienen bajo sus órdenes á los funcionarios indigenas que administran el país, ejerce sobre todos los habitantes un prestigio y una influencia mágica. Con dos spahis rojos y algunas órdenes expedidas por la oficinas árabes, podeis recorrer con la mayor seguridad las diversas tribus árabes.

Entre las cargas que en nombre de la Francia se impone en estas órdenes, se entiende la *diffa* y el *al-pha* (alimentos para los hombres y pienso para las caballerías), es decir, que concede una cómoda hospitalidad á los huéspedes que recomienda. Es inútil añadir que los administrados contribuyen con una parte á este tributo eventual; su reparticion es de la competencia del jefe. Además, cada oficina árabe sostiene en cada plaza de importancia un *dar-diaf* (casa de huéspedes) destinada á recibir á los viajeros indigenas, en donde son mantenidos gratuitamente. De este modo nada se exige de los árabes, y tal vez se les reintegra con usura de sus gastos, y esta misma reciprocidad facilita mucho los viajes y aumenta las relaciones entre musulmanes y cristianos, haciéndose conocer mejor y siendo un medio para que extingan los odios, y que se verifique así dentro de un corto término su definitiva union.

De este modo recorri una gran parte de los Ziben, y merced á las órdenes dictadas por la autoridad militar, fuimos recibidos con el mayor respeto, pues no solo salieron á mi encuentro los funcionarios indigenas, sino que á nuestra llegada empezamos por sentarnos sobre grandes esteras y tapices de Lichana que habian tendido expresamente para mí. Cuando bajaron nuestros equipajes, nos sirvieron leche de ovejas y dátiles. En seguida nos presentaron galletas redondas muy calientes hechas con manteca, de un sabor agradable. Por la noche, despues de dar un paseo bajo las palmeras, empezó el verdadero festin, que es mas ó menos variado, segun la categoría del huésped, presentándonos una sopa de un singular sabor: era la famosa *cherba* de puré mezclada de judias y cebollas polvoreadas de pimienta y pimenton; despues nos sirvieron el kouskous con cordero, ó con huevos condimentados con azúcar ó con especias. No habiamos aun introducido en la boca mas que dos cucharadas de esta sopa infernal, cuando ya creiamos haber tragado á todo el infierno; pero felizmente esta horrible sensacion fué poco á poco desapareciendo hasta que con la mayor sorpresa observamos que podiamos hacer honor á todos los platos que se fueron despues sirviendo. Aunque careciamos de vino, teniamos un pellejo hecho de piel de cabra, que nos suministraba un agua opaca que tenia un sabor á cordobán muy marcado: único medio de apagar un poco el terrible incendio que nos devoraba. Despues de tomar el café, nos acostamos, levantándonos al dia siguiente al amanecer, para continuar nuestro viaje.

Cuando la hospitalidad se da á los grandes dignatarios del país, no se sirven á la mesa ni las judias ni el pimenton. Aunque jamás he visto esta clase de fiestas, he podido, sin embargo, apreciar la elegancia, el gusto y la gastronomia árabes, tomando mi parte en una delicada colacion en donde el kouskous estaba desterrado, con gran satisfaccion de los europeos. El comandante general que entonces mandaba en toda la Sahara, me habia hecho que le prometiera que durante mi estancia en Biskra le haria una visita en su *smala*, situada á una legua del oasis. Un dia le anuncié que iria á verle en compañía de un teniente de artillería. En efecto, al dia siguiente le hice una visita para ver únicamente su *smala* y volvernos; pero Ben-Gannah no lo comprendió así, porque desde por la mañana las negras se habian puesto en movimiento para prepararnos un suculento almuerzo. Cuando llegamos, que serian las tres y media, fuimos introducidos en una bonita tienda de campaña marabout, (de forma circular adornada de lambrequines que colgaban del techo), en donde encontramos todo lo que puede ser cómodo y voluptuoso para la vida de un jefe oriental; gruesos y flexibles tapices, colgaduras de seda, montañas de blandos cojines, mesas, sillas y hasta una cama á la francesa, colgada de gasa, que estaba destinada al señor y amo. Una larga hilera de cofres cubiertos de clavos de cabeza de diamante y guarnecidos de aros de hierro ó de cobre se veia al rededor de la tienda. ¡Dios sabe las riquezas que encerrarían!

Despues de trascurridos algunos momentos, el desayuno apareció sobre una mesa baja. Nuestro spahis intérprete fué tambien convidado, para que tomara su parte en el festin. No recuerdo los platos que nos sirvieron, pero sí puedo asegurar que todos fueron delicados y finos; solo recuerdo un trozo de cordero compuesto con huevos, que mereció la aprobacion de todos los convidados. Tambien nos sirvieron agua extraída de pellejos de piel de cabra. A los postres nos

servieron exquisitas conservas de esencia de rosa y un delicioso café.

Un hermano de nuestro anfitrión quiso que al regresar de nuestra excursion entráramos en su casa de Biskra. La comida que nos sirvió, medio árabe y medio francesa, fué espléndida, porque despues de sentarnos á una mesa y proveernos á cada uno de un plato, nos sirvieron vino de Burdeos, Borgoña y hasta de Champaña. Entre tanto, nuestros amables comensales nos miraban beber, pues muestran la mayor reserva cuando sus criados están delante.

A estos festines falta un plato muy esencial, que es el pescado. Los rios de Argelia son demasiado impetuosos y se secan demasiado en verano para que pueda haber mucha pesca; así que solo se conoce el barbo. Es sensible que los árabes, que tanto desdennan la caza, no pueden proveerse, saliendo de su habitual incuria, de mil productos que abundan en el país.

X.

Escenas del mundo asiático.

BABÁ Y BIBÍ,

ó la mujer india antes y despues del matrimonio.

BIBÍ, Ó LA MUJER CASADA.

(Conclusion.)

La esposa no tiene otro dios sobre la tierra que su marido. El primer deber que su nuevo estado la impone, es darle constantemente pruebas de devocion y de sumision sin límites. No debe encontrar mas alegría que en el hogar doméstico, porque solo á su marido, debe sus hijos, las joyas y los ricos aderezos; tambien él la prodiga la madera de sándalo y el azafran, y satisface á todos los deseos de su corazón.

Su marido puede ser jorobado, viejo enfermo, ridiculo, disipador, colérico, jugador, libertino, necio, negligente en sus negocios, turbulento como un demonio, sin honor, sordo y ciego; sus vicios y sus enfermedades podrán hasta degradarle; pero no importa, su mujer debe mirarle siempre como á su dios, servirle con la mayor abnegacion y no contrariarle jamás.

Si un extranjero se acercase á ella y tratara de seducirla por medio de declaraciones amorosas ú ofreciéndola objetos preciosos de gran valor, en nombre del cielo que los rechace con desden y que su desprecio le confunda.

Si alguno al pasar la mirase, debe volver la vista á otro lado y acordarse de su esposo.

Jamás deberá fijarse en si un hombre es joven ó viejo, gracioso ó contrahecho.

Solicita por los cuidados de su casa, deberá observar una conducta circunspecta, evitando toda clase de querrela, y para esto tendrá siempre el espíritu tranquilo.

No debe tener envidia ni obrará con malicia. Tampoco deberá mezclarse entre los maldicientes, ni para escucharlos, ni para imitarlos, sino que tendrá por el contrario un lenguaje decoroso y reservado con los extranjeros, con sus amigos y con sus criados, pero cuidando al mismo tiempo de tratarlos con amabilidad y finura.

Será económica con el dinero que reciba de su marido, y no guardará nada sin su permiso, aun cuando sea para darlo á sus amigos ó para hacer limosnas.

Los objetos, por ricos que sean, debe mirarlos con indiferencia, sin tratar nunca de adquirirlos, á menos que su marido no se los regale.

Mostrará la mayor actividad en todos los quehaceres de la casa, y repartirá las provisiones con economia y discernimiento.

¿Qué mujer, que se precie de prudente, comerá antes que su marido ó en los dias que él ayunara? ¿No deberá llorar si le ve triste y reír si le ve alegre? ¿Si su marido canta, no debe extasiarse, y aplaudir con las dos manos si baila? Y por último, ¿si habla de ciencias, no debe escucharle con el mayor recogimiento?

Todos los dias hará sus abluciones y se pintará la piel con azafran. Tambien tendrá cuidado de vestirse con elegancia, pintarse sus párpados de negro, pasarse la *henna* sobre sus cejas y peinarse con las mas graciosas trenzas.

Si su marido se ausentara, deberá suspender el baño y no se untará sus miembros con aceite. Tampoco se acostará, ni se vestirá con sus trajes mas nuevos, ni se adornará su cabeza; y mientras que dure su ausencia, cuidará de tener á su lado durante la noche á una de sus parientas, y de informarse continuamente de su salud, suspirando por su pronto regreso é invocando para él la proteccion de los dioses.

Cuando fuera invitada á asistir á una fiesta de familia, como por ejemplo, á un banquete de esponsales ó de casamiento, no asistirá sin permiso de su marido y sin ir acompañada de una mujer de mas edad que ella. Cuando salga de su casa, no deberá quedar

mucho tiempo fuera; y á su regreso cuidará de contar á su marido todo lo que hubiese visto y oido; trajes, conversaciones privadas, murmuraciones, etc., volviendo despues á los quehaceres de la casa.

Aunque su marido se irrite con ella, la reconvenga, la dirija las mas crueles invectivas, la amenace y la maltrate, como está en su derecho, debe sufrirlo todo con la mayor resignacion, y si le contesta, deberá hacerlo con palabras dulces y cariñosas; y nunca deberá esquivarse, sino que le pedirá perdon. Tampoco deberá contestar á su marido diciéndole:

— ¡Me habeis insultado y maltratado! ¡Ya no os hablaré mas, ni quiero volveros á ver! ¡Dejadme sola!

No, un lenguaje tan insolente no saldrá jamás de su boca.

Este es el manual del hogar doméstico que se dice haber formado las cinco vírgenes inmaculadas.

El mismo *Padena Purana* exige que si dos mujeres viven bajo el mismo techo de un hombre, ninguna intervenga en los negocios de la otra, ni censure su conducta, y menos ponga en duda las buenas cualidades de sus hijos. Ninguna mujer deberá tampoco suscitár disputas porque su marido haya introducido en la casa á otra mujer. « Además, abandonar la casa por esta sola causa, seria cubrirse de ridiculo. »

La persona que causa el mayor espanto á Bibí en la casa de su marido, es su suegra. Si pertenece á la casta de los brahminos de Vaishnava, se la puede dispensar de dirigir la palabra á ese fantasma del hogar doméstico, probando su obediencia y sumision por signos; pero que procure guardar intacto este honoroso privilegio, porque el gesto y la pantomima podrian concluir por volver loca á esta horrible vieja. Está, pues, probado, que una suegra no es suficiente para asegurar la tranquilidad doméstica, pues mientras que un rebaño de concubinas no es suficiente para turbar el espíritu de Bibí, su suegra es bastante para hacerla huir de la casa de su marido y refugiarse en casa de su madre. Estos escándalos, que tienen su origen en iguales causas, son muy frecuentes en aquel país.

Con este motivo recordamos una cuestion de concubinato que se suscitó en el tribunal eclesiástico de Inglaterra, en donde un joven abogado seglar que sostenia la afirmativa, ganó la causa por la unica razon de que esta tolerancia tenderia á disminuir el gran número de suegras.

Para que se comprenda lo exasperados que están los ánimos en el Indostan, consignaremos estas breves palabras: « ¡Puedes tú, por ventura, vivir con tus tres suegras y resignarte á morir sin hijos! »

Bibí se encuentra orgullosa de la altanería con que es tratada por su señor y dueño; nada la desagradaria mas que la diera la menor prueba de condescendencia y de debilidad. « He visto, dice el misionero Dubois, á una mujer furiosa contra su marido porque la habia hablado en público con mucha familiaridad. » « La manera con que he sido tratada me cubre de vergüenza, gritaba, y ya no me atreveré á presentarme en público con lo que me acaba de suceder. Jamás se ha visto aquí un hombre semejante. ¿Se habrá vuelto un paraguayo (un europeo) ó me tomará por una mujer de esta casta? »

La vida doméstica es para Bibí una rutina, á la que ha tenido solo que aplicar las nociones confusas de religion, ó mas bien de supersticion, que encierra su pobre cerebro. Así que, en la fiesta de Gauri, mientras que el albañil se prosterna delante de su regla y de su paleta, el carpintero delante de su banco y de su cepillo, el labrador delante de su arado, el barbero delante de sus navajas y de sus tijeras, y el sastre delante de su aguja, ofreciendo todos incienso y haciendo sacrificios de frutos y de granos á sus instrumentos de trabajo, Bibí se pone de rodillas en la cocina ante la cesta de las provisiones, el molino de arroz, el cántaro del agua y el huso, con los ojos cerrados y sumergida en los mas tristes desvarios, en armonia con las tinieblas en que su alma está abismada.

Las ocupaciones culinarias de nuestra Bibí constituyen una funcion sacerdotal, y para cuyo desempeño su madre la inició desde sus primeros años. Como mujer y criada de un brahmino, conoce sus deberes. « La que guisa para un brahmino, dice un precepto, puede encargarse de mantener á un Dios. » Orgullosa al verse honrada de este modo, ¡qué de trabajos no será capaz de sufrir para hacerse digna de este honor! Si, Bibí velará sobre la pureza de sus pensamientos á la vez que conservará sus útiles de cocina en la mayor limpieza.

Para un hombre vulgar, la carne de cabrito ó de cordero, pescado salado, arroz y manteca, seria una comida suficiente; pero tratándose de un brahmino, es preciso que la mujer ponga toda su inteligencia y cuidado en preparar los alimentos que sean dignos de él.

La primera condicion que exige á la que tenga ese honor, es de tener una gran limpieza. Los vestidos que usa Bibí deben ser nuevos y oler bien; todos los vasos deben estar lavados y limpios, y su cocina debe estar exenta de polvo y estar libre de la impura mirada de los extranjeros.

En medio, pues, del orden que debe reinar en la cocina, el representante de Brahma pide la comida á las doce, y mientras que se la preparan toma un baño; despues dirige su plegaria á los dioses del hogar, presentándoles ofrendas de frutas y de flores, sin contar con los restos que dejó el dia anterior, y

de los que él toma una gran parte. Hecho esto, se sienta en el suelo, y su mujer le va presentando las viandas colocadas sobre una hoja de plátano rociada con agua.

Cuando el brahmino ha tocado todos los manjares, uno despues del otro, echa algunas gotas de agua á modo de libacion, y toma un pedazo de carne ó de pescado, ó un puñado de arroz, que coloca en tierra como una ofrenda que hace á sus antepasados, poniéndose en seguida á comer. Entretanto Bibi, puesta de cuclillas, sin pronunciar una palabra y con las manos juntas, observa con gran atencion sus menores movimientos, á fin de conocer cuáles son los manjares santificados por su señor y poder así rechazar aquellos que por su repugnancia á ellos deben considerarse como envenenados.

Los privilegios de que goza Bibi son pocos y modestos, pues se reducen á mascar el *acre* y morder betel, hojas de nogal y nueces, mezcladas de una cierta pasta hecha de polvos de concha calcinadas. Esta composicion da á los labios un color de vermellon, y al aliento un suave olor. A esta costumbre, que nada tiene de saludable, Bibi añade otra que lo es menos, porque le gusta aspirar por un largo tubo los vapores de una planta muy conocida en todo el universo, que es muy refrigerante y está perfumada, pues pasa al través del agua de rosa que contiene una nuez de coco. Sentada Bibi durante la noche sobre su terrado, envía al cielo bocanadas odoríferas en medio de los suspiros de un alma pensativa y resignada. Si los bibis que conozco en Europa tuvieran á su disposicion ese pasatiempo, no se entregarían tan fácilmente á las muchas distracciones que nos ofrece este mundo.

Algunas veces nuestra Bibi desliza su mirada femenina, es decir, investigadora y crítica sobre el guardaropa y los adornos de sus mas intimas amigas. Esta especie de censura afectuosa que es tan habitual en el bello sexo de todas las razas, se revela durante esta minuciosa inspeccion por palabras de admiracion de un lado y por desdeñosas insinuaciones de otra. Reunamos en un harem á una señora inglesa con dos bibis mahometanas. Veamos lo que dice la primera: «Despues de examinarlos mutuamente nuestros trajes, miraron con la mayor atencion mis sortijas, y parecían sorprendidas al ver que mis dedos no estuvieran pintados. En seguida las dos jóvenes me levantaron un paño de mi vestido, y quedaron admiradas del tejido de mi falda; pero cuando le alzaron un poco mas y observaron debajo otro vestido, hicieron una exclamacion como de aprobacion; pero ¡ah! no omitieron francamente su opinion, ni yo tampoco.»

Era indudable que habia esa mancomunidad de ideas, esa francmasonería que ha existido siempre entre los babás y los bibis, desde Chicago hasta Chander-nagor.

¡Morir y dejar este mundo! Este terrible acontecimiento, que es inevitable cualquiera que sea el momento en que tenga lugar, no afecta en nada al honor ni al rango de las mujeres, excepto en las indias, pues para ellas es una cuestion de gloria ó de escarnio, segun sea la época en que mueren sus maridos. Si la india fallece siendo mujer de un brahmino, deja una memoria digna del que fué su esposo; pero si muere siendo viuda y no deja hijos, solo recogerá sobre su tumba la deshonra y el desprecio.

El gran acontecimiento en que Bibi cifra su felicidad, y del que depende su dicha espiritual y material va pronto á realizarse. Era pues preciso que su madre la condujera á su casa, en donde es de esperar que el niño venga al mundo en medio de los solícitos cuidados de la abuela y de las caricias de la madre. «Desde este dia, dice el *Pooran*, la joven evitará el contacto de las mujeres impuras y de las que no hubieran tenido hijos; no se librará á pensamientos tristes ni mirará á objetos que la causen espanto. Con estas precauciones es de esperar que la madre dé á luz un robusto y hermoso niño.

Cuando llegue el momento, la partera llegará con mil fórmulas sagradas para conjurar el mal de ojo, la malignidad de los planetas y la influencia de un dia maldito. El prudente *Pooran* tiene dictado ya un precepto que ha de hacer la dicha de la madre y constituye la salud del niño, precepto que debia ser inscrito en el código de todos los pueblos. La madre es la única que debe amamentar al recién nacido. Solo puede dispensarse de este sagrado deber en los casos de muerte ó de enfermedad.

Por fin al espanto de la abuela y al temor de la madre ha sucedido la alegría y la tranquilidad, pues gracias á Lacksmi ha nacido un niño. Poseida Bibi de ese gozo que solo posee una madre al ver á su hijo en sus brazos, corre de casa en casa anunciando á sus amigos tan feliz nueva.

Y el niño amará á Bibi, pues no obstante los defectos de que adolecen los indios, pues son orgullosos y egoistas, poseen una virtud en su mas alto grado que lo compensa todo, que es el amor filial.

Oigamos acerca de este punto las palabras de Kern: «He oido á varios misioneros que muchos jóvenes indios desistían de abrazar la religion cristiana por los ruegos y consejos que les dirigian sus amigos; pero cuando una madre se presentaba bañada en lágrimas ó amenazaba poner fin á sus dias, ya no resistían por mas tiempo.»

X.

Estudio sobre el estoicismo en España.

(Continuacion. — Véase el número 1,108).

El cuerpo del hombre es la medida de sus menesteres; de manera que todo lo que es regalo no es necesidad al cuerpo. Si procuras ser rico, y en esto pones tu diligencia, vas perdido, porque trabajas hacer tuyo lo que de suyo es ajeno, y así tendrás grandes obstáculos; las riquezas las ha de buscar como cosa que no es tuya, y la misma cuenta se ha de tener con las honras, principados y dignidades. La crianza y doctrina de los hijos allende de ser natural, es mandado de Dios y utilidad de la República; pero no debes fatigarte, pues pende de voluntad ajena: lo mismo se dice de la correccion de la mujer y esclavos. Si los amigos te desamparan en tus necesidades ó se volvieren enemigos, ni te aflijas, ni enojas, ni admires; pues su voluntad no está en tu mano. Si caes de la gracia de los señores, de cosas ajenas caes que no de las tuyas. Si en tu cuerpo caen enfermedades, grillos, destierros, tormentos, acuérdate que tu cuerpo es siervo y sujeto á tales casos, y que tú no puedes hacer otra cosa, pues está el sujeto á otras voluntades. La verdadera fortaleza no es otra cosa que resistir á los vicios y despreciar las cosas que otros tienen en mucho.

«No te entristezcas porque se te murió una perrilla, un mono, un papagayo; de allí vendrás á no te entristecer porque perdiste ó te hurtaron las perlas y otras joyas, y de allí á la pérdida de la mujer ó hijos. Y harás cuenta que lo uno y lo otro lo tenias prestado, y que los hijos y la mujer eran mortales, como las otras cosas sujetas á muerte; pues harás agravio á la naturaleza y yerrarás en querer que lo caduco deba ser eterno, y lo prestado propio, y lo que no es en nuestra mano que lo sea, y lo imposible sea posible.»

Hasta aquí Sanchez en sus comentarios á Epicteto, donde expone la doctrina estoica, armonizada en varios lugares con la cristiana y deduciendo en muchos consecuencias exageradas y peligrosas, que no debemos entender en todo el rigor de la letra. No le juzgamos por escéptico, aunque consigna doctrinas que terminantemente lo son; algo mas cerca está del misticismo poniéndolo todo en manos de Dios, y reduciendo á estrechos limites la personalidad humana; pero no es panteísta en ello. Con el sensualismo se relaciona por su interpretacion de Epicuro, y por último, se ve en él al cristiano erudito filosofando en una sociedad corrompida, guiada por un poderoso señor.

Escribió además el Brocense varias obras, no tan directamente relacionadas con nuestro objeto y que merecen ser conocidas, por lo cual daremos breve idea de ellas: *Veræ brevesque Grammaticæ Latinæ Institutiones*, Lyon, 1562, herederos de Set. Grifo, en 8º, en la cual se apartaba de la opinion comun de los gramáticos de España, quienes se levantaron contra él; pero en otra edicion de 1595 dice que ha tenido guerra no estéril durante treinta años *contra grammaticorum perveraciam*, y celebra á Nebrija como reformador. *Minerva seu de causis lingue latinæ*, Salamanca, Juan y Andrés Renaut, 1587, en 8º. En esta sienta algunos principios de gramática general, primeros pasos de la filosofia del lenguaje. De ella han tomado mucho los gramáticos de Port-Royal. Antepúsole un prefacio Jac. Perizonio, del cual se puso en indice y mandó borrar un pasaje por edicto del 30 de junio de 1777. El *Artificiose memortæ Ars* es un tratado de mnemotecnía en que divide á la memoria en natural y artificial: «Naturalis est ea quæ nostris animis insita est et simul cum cogitatione nata. Artificialis est ea quam confirmat indutio quedam et ratio præceptionis,» y partiendo del principio de que la natural brilla mas con los preceptos y el arte, establece su artificio, que consiste en facilitar los recuerdos por medio de lugares ó imágenes hábilmente dispuestos. *Organum Dialecticum et Rethoricum*. Dirigiéndose á sus hijos, les dice: «Vos tamen qui patrem vestrum ægre patiemini absentem vellicari his et scuto et jaculis contra Hydrum Lernæam, id est sophistarum pullulantia, capita tuto poteritis dimicari;» y á los maestros reprende su método de enseñanza, concluyendo que debe preceder el estudio de la gramática al de la dialéctica, y esta á la retórica: hace una misma ciencia á la dialéctica y lógica, como los escolásticos, y dice que su fin es usar de la razon ó sea la misma razon.

En el *Arte para en breve saber latin*, queriendo demostrar con varias razones el provecho que se saca de la gramática en romance, y censurando la ignorancia general sobre aquella lengua, dice que ninguna cosa se habla entre gramáticos que sea latin, y concluye: *y otras mil maldades que porque no se quedan encajadas no las digo*. De no saberse gramática tiene á no saberse latin ni lógica, que esta del todo está perdida. «De nonnullis Porphyrii, aliorumque in Dialectica erroribus scholæ dialecticæ.» En cuya obra enumera dos causas de la corrupcion de las artes: 1ª, el sofístico dicho «oportet addiscentem credere. Hoc enim adolescentes fieri magistris meliores prohibentur et doctores. Id testimoniis doctorum et ratione possim confirmari. Mihi certi divinitus arbitrator contigisse, ut per totum trienium philoso-

» phias studiis impenditur opera, magistris meis nunquam aliquid assentire. Altera causa est, quum longum usum in hoc abusu et sic majores devenisse, » preterunt. Magister novitatis appellor sed hoc me » consolator quod a paucis, qui optimè sententiunt, inter » illos annumeror qui Cerberum ab inferis conantur » extrahere. » Explica á Porfirio, cuyas proposiciones habian sido el tema constante de la escolástica, y cree que los géneros y especies de este eran las ideas de Platon y que subsistian por sí con realidad objetiva, y da las siguientes definiciones: *Genus est essentia multorum similis, species est quæ subicitur generi*, impugnando y explicando á Aristóteles y Averroes. A la conclusion de esta obra manifiesta la esperanza de tratar mas largamente las materias filosóficas, pero no sabemos que se realizara, y probablemente se hubiera extendido en la metafísica y dialéctica, á las que era muy aficionado. Publicó tambien las *Silvas de A. Policiano*, con anotaciones, la *Declaracion y uso del reloj español*, traducida, *Comentarios á los emblemas de Alciato*, *De arte dicendi*, las *Obras de Garcilaso de la Vega*, con anotaciones y enmiendas, *De sphaera mundi*, *Gramática griega*, las *Obras de Juan de Mena*, corregidas, *Paradojas*, *Tópicos de Ciceron*, las *Bucólicas de Virgilio*, *Anotaciones al arte poética de Horacio* y otros estudios de menor importancia.

Lo que señaladamente se nota en Sanchez es su aversion á los sofistas y gramáticos, sus maestros, que habian esterilizado los estudios, de lo cual podiamos aducir algunos ejemplos, fuera de los ya referidos. En el *Comentario al emblema 62 de Alciato*, escribe: «Significat præterea vespertilio ineptum philosophum qui dum arcana naturæ conatur indagare, nihil assequitur præter meras nugas; quale multos nostro tempore videmus;» en el *Arte para en breve saber latin*: «Ansí que á Dios pongo por testigo, y no me engaño; que no he visto gramático, en mas de ciento que he revuelto, que sepa gramática, aunque entre en ellos Quintiliano;» en la epistola que antepuso á sus paradojas, refiriéndose á la razon que daban los que se atenían á la autoridad: «Quæ ratio in his tantum quæ ad orthodoxam nostram fidem spectant, firma et constans esse deberet, ceteris omnibus in rebus ratione, causa, doctrina, non repta hominum in persuasionem disputandum,» y por último, en su anotacion al capítulo LIV de Epicteto vuelve contra los filósofos.

Apreciando algunos el carácter filosófico de Sanchez, le han enumerado entre los adeptos á Gomez Pereira, y otros le afilian al ramismo, permitiéndose un autor francés (M. Degerando) decir que España estaba muy atrasada para poder aprovecharse de las lecciones de Pedro Ramos, y que parecia no tomar parte alguna en el movimiento intelectual de Europa; cuya injusticia es tanto mas notoria refiriéndose á una época de gran adelanto literario en nuestra patria, de eminentes filósofos que seguían una direccion mas acertada y armónica de lo que generalmente se cree.

VII.

QUEVEDO. — Por ser de todos conocidas, excusámos dar noticias biográficas del insigne literato don Francisco de Quevedo y Villegas, renombrado político, festivo poeta y elevado ingenio, que acertó á exponer, si no un sistema filosófico, al menos las deducciones prácticas en muchas de sus obras, dignas de las serias meditaciones de la posteridad. Manifestó en algunas su afición á los estoicos y escribió sobre el origen de esta escuela, además de su traduccion de Epicteto.

Dedica á su amigo don Juan de Herrera el escrito intitulado: *Epicteto y Focilides en español con consonantes*, que suscribió en Madrid 12 de enero de 1634 y refiriéndose al manual que traduce, da sobre el juicio análogo al del Brocense: «Doy á V. M. con este libro en pequeño cuerpo grande espíritu y en pocos preceptos grande enseñanza. No es leccion para entretener el tiempo, sino para no perderle;» y resumiendo en breves frases la enseñanza que de él puede sacarse, añade: «enseña á sufrir y á abstenerse;» puerto cerrado en dos palabras, donde no se sienten las borrascas del siglo, que se ven feas y se oyen roncadas. Es su doctrina la paz de nuestra discordia en la composicion humana: cuya salud por los humores es sediciosa, y cuyo gobierno por las costumbres y afectos es amotinado y frecuentemente rebelde. Enseña al alma á ser señora, rescatándola de la esclavitud del cuerpo; y al cuerpo le anima á pretensiones de alma con la obediencia á la razon. Enseña cuánto mas rico está el sabio con el desprecio de los bienes de fortuna, que con la posesion de ellos. No promete premios de la virtud, sino virtud, que ella misma es premios. Afirma que solo el sabio es rico y libre; que no es capaz de injuria ni puede ser vencido. Pretende que como Dios, solo está fuera de los males; esté el sabio encima de ellos, ya que no fuera.»

Deja correr su pluma contra los que se llevan del imponderado afán de amontonar riquezas y oro. «Admirame que sea tan rudo nuestro conocimiento, que sin aguardar á aprender el desengaño de Epicteto, no le abracemos en lo que nos dice de oro, que es el martelo de la ambicion. Él nos dice de sí y por sí, que solo estimamos la mas pesada, y tenemos por mejores bienes los que son mas carga. Él dice



Inauguración del busto de Ulrico Gering, en la Biblioteca de Santa Genoveva (Paris).



Monumento elevado á la memoria de G. Chaudey, en el cementerio de Montmartre.

» que por mas pesado vale mas. Cierta es que quien quiere mas oro tiene mas peso. Tuvo la tierra vergüenza de tenerlo encima de sí, y no tenemos vergüenza nosotros de estar debajo de él. Si le escondió la Naturaleza, ¿ para qué le descubrirá la razon? » Quien hace estéril á la tierra que le cria, ¿ qué hará á la codicia del que le arranca de la tierra? No le busca la necesidad, sino la demasia. »

Insiste sobre el pensamiento que hemos indicado de completar la doctrina estoica, armonizándola con la cristiana : « No saliera defectuosa la de nuestros estoicos si, como Epitecto la escribió á la luz de su pobre candil, la hubiera estudiado á los puros rayos de la vida y palabras de Jesucristo Nuestro Señor, de quien, como Sol de Justicia, procede dia privilegiado de noche y oscuridad. Lo que fervorosamente encargo á V. M. es que lea este tratado con asistencia de la Cruz de Cristo, meditada por la doctrina de los Santos Padres nivelándole para el ejercicio por la introduccion á la vida devota del beato Francisco de Sales. »

Y con el mismo intento que las anteriores palabras van escritas las siguientes, dirigidas á manifestar cómo se debe entender la pluralidad de los dioses paganos y cómo brilla entre ellos la unidad en las creencias de los mas entendidos, explicacion que concuerda con la dada por Sanchez : « En nuestro Epitecto se lee la palabra dioses; entre los católicos, herética; » entre los idólatras, frecuente. Empero, tan repugnante á la razon y al discurso, que me persuado no creyeron pluralidad de dioses algunos de los antiguos : sino que juzgando que en Dios todo era Dios, le multiplicaron por sus atributos ciegame, llamando á Dios á su poder, á su amor, á su sabiduría, á su piedad y á su enojo; y así en los demás. »

Despues de escribir la vida de Epitecto pone la traduccion del manual hecha en verso, porque el ritmo y la armonia sea golosina á la voluntad y facilidad á la memoria.

Al licenciado Rodrigo Caro dedicó la obrita titulada : *Nombre, origen, intento, recomendacion y descendencia de la doctrina estoica*, en la cual defiéndese á Epicuro de las calumnias vulgares. En ella expone la enseñanza del Pórtico en las breves palabras siguientes : « La doctrina toda de los estoicos se cierra en principio : Que las cosas se dividen en propias y aje-

nas; que las propias están en nuestra mano y las ajenas en la mano ajena; que aquellas nos tocan; que estotras no nos pertenecen; y que por esto no nos han de perturbar ni afligir; que no hemos de procurar que en las cosas se haga nuestro deseo, sino ajustar nuestros deseos con los sucesos de las cosas; que así tendremos libertad, paz y quietud; y al contrario siempre andaremos quejosos y turbados; que no hemos de decir que perdemos los hijos ni la hacienda sino que los pagamos á quien nos los prestó; y que el sabio no ha de acusar por lo que le sucediese á otro, ni á sí ni quejarse á Dios. »

(Se concluirá).

Inauguración del busto de Ulrico Gering,

EN LA BIBLIOTECA DE SANTA GENOVEVA (PARIS).

En la mañana del 9 de marzo último ha tenido efecto en la biblioteca de Santa Genoveva la inauguración del busto de Ulrico Gering, en presencia del ministro de Instrucción pública, asistido por M. Baudrillart, miembro del Instituto, inspector general de las Bibliotecas, de M. Watteville, jefe de la division de ciencias y de letras, y de M. Sanson, jefe de las oficinas de Bibliotecas.

Ulrico Gering nació en Lucerna (Suiza), y vino en el año 1469 á Paris, donde naturalizó el arte de la imprenta.

Los primeros talleres se instalaron en las construcciones de la Sorbona, y Ulrico Gering los dirigia con sus dos socios Miguel Friburger y el alsaciano Cranz; en la Sorbona murió, y reservó una parte de su herencia á los *estudiantes pobres* del colegio de Montaigne, que estaba en el lugar donde se eleva actualmente la biblioteca de Santa Genoveva.

Al administrador de esta biblioteca, M. Ferdinand Denis, corresponde el honor de haber pensado en erigir un busto á Ulrico Gering, obra del cincel tan hábil como desinteresado del estatuario Daumas.

El ministro de Instrucción pública quiso presidir la ceremonia de inauguración, á la cual habia convidado á M. Ambrosio Fermin Didot, como representante de la tipografía parisiense.

M. Ferdinand ha sido promovido, con tal ocasion, al grado de oficial de la Legion de Honor.

L.

Monumento elevado á la memoria

DE GUSTAVO CHAUDEY, EN EL CEMENTERIO DE MONTMARTRE.

Gustavo Chaudey, el republicano consecuente asesinado en los dias nefastos de la Commune, tiene hoy un monumento digno de su memoria y de su martirio, erigido en el cementerio de Montmartre por la iniciativa de M. Cernuschi.

Su forma es la de un sarcófago antiguo puesto sobre un zócalo y cubierto con un monolito, que hace frente á la cabecera y á los piés.

El monumento, cuya altura total llega á 3 metros 40 centímetros, es todo de granito de Normandia, y en el fronton de cara se lee : *Gustavo Chaudey, 23 de mayo de 1871*, el nombre de la victima y la fecha de su ejecucion en la cárcel de Santa Pelagia.

Delante del sarcófago hay una gran placa de bronce que reproduce en alto relieve el busto de Chaudey, debido al estatuario Renaudot. Debajo se lee la contestacion que envió á los energúmenos que no cesaban de pedir su cabeza :

« Si nos está reservada alguna bala recriminadora, caeremos haciendo votos por la República (Siècle del 24 de marzo de 1871.) »

Sabido es que M. Thiers pidió á la Cámara una pensión para la viuda y el hijo de Chaudey, que quedaban sin fortuna; pero la Asamblea desechó el proyecto.

La obra fúnebre que reproduce nuestro dibujo ha sido hecha por los arquitectos Houtelet y Renault.

F. L.